

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 63 - Marzo de 2015 - Distribución gratuita - www.universoctrno.com



8

Vestir al enamorado

10

Noches de radio

12

La voluntad del juglar

16

Mi vida como sospechoso

18

11 del 9

20

Carta abierta a los galenos

24

Refutación y promesas del mango

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 63 - Marzo 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Buscar las coordenadas



Casi nadie encuentra los incentivos necesarios para dibujar con detalles el mapa criminal de nuestras ciudades. Nadie quiere publicar una guía negra que señale las esquinas temidas y las horas peligrosas. Ningún volante ofrece visitas guiadas a las calles de los atracos en Medellín o Bogotá. Si acaso circulan algunas advertencias y la voz a voz recomienda con los ojos abiertos, “es mejor que a esta hora no vaya por allá”.

Pero en las oficinas de los académicos trabaja el viejo ícono del investigador criminal: la lupa sobre las cifras que entrega la Dijin puede revelar horas pico y puntos calientes para el repaso de los secretarios de gobierno y los más especializados secretarios de seguridad. En enero de este año se publicó *Un análisis de la criminalidad urbana en Colombia*, escrito por los investigadores Daniel Mejía, Daniel Ortega y Karen Ortiz, con el apoyo de la Universidad de los Andes, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco de Desarrollo CAF. El estudio se concentra en cinco delitos cometidos en cuatro capitales colombianas. La idea es encontrar la hora y el lugar en el que se concentran el homicidio, las lesiones personales, el hurto a personas y de vehículos y el microtráfico, en Barranquilla, Bogotá, Cali y Medellín. Para ir encontrando la escala del mapa sirve saber que en esas ciudades vive el 30 por ciento de los colombianos y se cometieron el 31 por ciento de los homicidios en 2013. En la investigación, las ciudades se dividen en “segmentos de vía”, lo que uno llamaría cuadras. Medellín, por ejemplo, tiene 37.055 “segmentos de vía” que miden en promedio 62 metros. Y casi todo sucede en metros muy medidos, lo sabe la gente de *Qhubo* y quienes pagan su transporte. Los 1.503 homicidios cometidos en Medellín entre enero de 2012 y diciembre de 2013 tuvieron como escenario el 3.2 por ciento de las cuadras que lista el estudio. La muerte tiene sus nichos. Bogotá es todavía más exclusiva, en el 1.2 por ciento de sus 137.117 calles se cometieron los homicidios de los mismos dos años.

Este editorial más que una postura es una promesa de visita y reseña que Universo Centro hace a sus lectores. Tendremos página roja sobre algunos

de esos parches azarosos en Medellín. La policía divide en cuadrantes y los pillos cuadran la vuelta. Las cámaras en los postes giran con sus alardes y los noticieros abren con uno de los chuzados de la noche del sábado o la madrugada del domingo cuando suceden el 16 por ciento de los homicidios en las cuatro ciudades mencionadas.

Medellín muestra sus señales particulares. Aquí el hurto a vehículos y el microtráfico suman el 70 por ciento de los delitos que señala la investigación. Tenemos el 5.1 por ciento de la población y en las calles de la ciudad se robaron el 21.3 por ciento de los carros perdidos en Colombia en el 2013. Herencias de “los de la moto” y consecuencias de la demanda y la oferta en el valle donde más se carbura y más se sopla. Es seguro que la ciudad tiene el mayor número de presos por tráfico, distribución o porte de estupefacientes, una condena que confirma que la proliferación de jibaros en la cárcel es el peor fracaso de la guerra contra las drogas. Nuestros “Puntos calientes” están sobre todo en el Centro. El acueducto llama “parrilla” al núcleo de sus tuberías en el centro de la ciudad y el nombre sirve para identificar los recorridos de las “neveras” del CTI. Una dirección para que piensen el tour y se tomen una gaseosa en la postura del investigador: carrera 53 entre calles 53 y 54, barrio Estación Villa, el punto más bravo para los muertos entre 2012 y 2013. Visite el sector, tal vez ahora esté un poco más tranquilo. “Y el que nada debe nada teme”, dijo el pastor de la esquina. Busque su paseo, con cinco mil en el bolsillo y los zapatos viejos, por Colombia entre carreras 52 y 51; los 62 metros preferidos para el atraco.

En todo caso nos queda la curiosidad en la seña de los criminólogos, algo así como geógrafos e historiadores del crimen fresco. Topógrafos, mejor. La idea es sacar la lupa a la calle y mirar ese ecosistema donde se mueven los bichos bravos. Ahora tal vez haya un poco más de actividad, los robos y las lesiones personales han crecido en las cuatro ciudades en los últimos años.

El rastreo que reúne los delitos demuestra que el índice de percepción de seguridad no es ningún embeleco. Se roba en el 10 por ciento y se teme en todas partes. ☹



por KATHERINE RIOS

Ilustración: Verónica Velásquez

¿Cuál señor?

Creo que nunca supe su nombre y si lo supe, se me olvidó. Bajaba caminando por el parque, desde la séptima hasta la once. Siempre cantaba duro y desafinado. Parecía borracho. A veces eran vallenatos y a veces rancheras. Siempre entre las cuatro y cuarto y las cuatro y media de la mañana. Algunos días hacía las veces de despertador y me obligaba a salir de la cama. Otros, ya con un tinto en la mano, me paraba en la ventana a verlo pasar. Me alegraba el despertar.

Varias veces pensé con miedo que algún vecino de esos que cree que sembrar matas bajas es una invitación a que “el barrio se nos llene de indigentes”, iba a salir a quejarse o a insultar al señor. Tampoco supe si en la iglesia le daban desayuno. Supongo que antes de sentarse en la silla de cemento a pedir plata barría el atrio de la iglesia. Alguna vez lo vi escoba en mano. No sé si cada mañana salía de su casa, de un anciano o de esas piezas en las que se paga el arriendo noche a noche. No sé si tenía una familia o si alguien lo esperaba cada noche.

En su esquina siempre están un vendedor de jugos y frutas; un señor con una chaza pequeña, de esas que se cuelgan al cuello; y un montón de palomas que viven en el parque frente a la iglesia. Ahora que lo pienso, parece más lógico que el desayuno estuviera a cargo del señor de la fruta y no del cura.

Por la mañana él saludaba a esa larga fila de gente que sale al parque a hacer ejercicio. Hablaba con el señor de la fruta y con sus clientes. Reconocía a la

mayoría y para cada uno tenía un saludo sonoro que incluía un chiste o al menos un sarcasmo. Parece que muchos eran clientes fijos y le dejaban mil o dos mil pesos. Me imagino que a mediodía pasaban los oficinistas camino a los corrientazos de la noventa y que a ellos también los conocía.

Seguro que debía aprovechar la salida de misa: jubilados que no salen a caminar, pero que van diario a reposar el almuerzo en el servicio del mediodía. Puede que alguna vez haya tenido suerte con esas señoras a las que la muerte las hace ver más elegantes y que salen entre compungidas y altivas de las misas de difunto. Los domingos la iglesia se satura con las familias de bien que seguramente salían con el corazón ablandado y le dejaban algo de plata. Padres de familia que les enseñan la generosidad a sus hijos y nietos, porque “tenemos que agradecer que somos gente bendecida por Dios”.

Soy necia para el ejercicio. A veces me dan ventoleras que me duran un par de meses y salgo juiciosa a diario. Hago una rutina que he aprendido de las señoras mayores: una vuelta al parque y una serie de estiramientos básicos que más que ejercicio parecen fisioterapia. Otras veces salgo con la intención de trotar, me pongo pantaloneta y corro un par de cuadras. Después camino sudorosa y a paso rápido, con la ilusión de que esa gente atlética que ya va por su tercera vuelta piense que yo ya hice lo mismo y que ahora voy en la vuelta de descanso, o de reacondicionamiento, como dirían ellos. También voy a mericar los viernes a la placita móvil que se

instala a un lado del parque, llegando a la autopista. En cualquier caso, siempre me quedaba algunos minutos en el separador de la once porque me gustaba oír lo que mi despertador andante le decía a la gente: “hoy va tarde”, “corra que le faltan dos vueltas”, “debe estar oxidado porque hace días no lo veía pasar”, “siga caminando que se ve bonita”, “¿dónde dejó al marido hoy?”, “¿hoy tampoco sacó plata?”. Creo que inevitablemente le sacaba una sonrisa a la gente, aunque fuera de esas sonrisas bogotanas que nunca llegan a la superficie.

Yo pasaba por ahí con la ilusión de que pasara la señora política, siempre perfectamente peinada, forrada en una sudadera aterciopelada y con cinco escritas que caminaban lentamente detrás mientras ella creía que iba trotando. Nunca pude saber qué saludo le dedicaba diariamente a esta caravana. También me daba curiosidad saber cómo saludaba al exministro, famoso por un escándalo, que es muy disciplinado y a veces sale a correr con la panza envuelta en una bolsa de basura negra.

A veces amanecía enfurruñado y no bajaba cantando sino repitiendo letrancas como un pastor evangélico segundos antes de empezar a hablar en lenguas. Esos días, en vez de sentarse en la silla de cemento, se quedaba parado con su monólogo. Decía cosas sobre el fin del mundo y sobre una lluvia infinita de castigos que le esperan a la humanidad. No sé si en esos días alguien se atrevía a darle plata.

Pero el entusiasmo le volvía y con él los piropos a las mujeres que pasaban trotando para cumplir la meta del

entrenador personal que las esperaba con un “vamos, vamos, un poco más”, en algún lugar del parque. Una vez lo oí diciéndole a un señor encorbatado que estaba paseando a un perrito de cartera, “está bonito el llavero”. Recuerdo también el día que le dijo a un padre de familia que iba a dejar su prole en el Francés: “en ese colegio enseñan a fumar muy bien”.

Hace por ahí dos años, antes de irme a un viaje largo, comenzó a bajar tosiendo. Sus canciones se interrumpían por una tos áspera, dura. Ya no saludaba tanto. La cara se le empezó a chupar. Se quedaba sentado en silencio viendo pasar la gente. A veces salía de su mutismo y pedía plata o decía que por favor le trajeran un café con leche.

Volví hace un año y ya no estaba. Muchas madrugadas agucé el oído esperando sus canciones. Pasé por su silla a diferentes horas, diferentes días. Nada. Me pregunto si él habría notado que el señor caribonito de crespos monos que siempre salía a caminar con su esposa y su perro ahora salía sin perro y agarrándole la mano a otra mujer. O que la señora política ya no trota con cinco escoltas sino con dos. Que el anciano que anda más despacio que todos se sigue haciendo pipi mientras camina y que la mancha en la sudadera gris cada vez se nota más.

Tampoco sé si habría hecho migas con la señorita que administra una carpa con ciclas que puso la alcaldía al lado del puesto de jugos y que al parecer nadie usa.

No he sido capaz de ir a preguntarle al señor de los jugos si sabe qué pasó con el señor. Me da miedo que me responda con un “¿cuál señor?”. ☹



Los paseos a la orilla, el primer tubo y la turbina para prender los bombillos inaugurales. La ciudad se pegaba de la quebrada arriba. Se mezclaron las quintas de la villa y los obreros de Coltefábrica. La Toma era un límite para el campo y las fábricas. Y despensa de camajanes.

LA TOMA

por RICARDO ARICAPA

Fotografías: Archivo BPP
Luis Fernando González

Para empezar, La Toma no es un barrio, es apenas un sector en el cercano oriente de Medellín, largo y estrecho como una longaniza porque creció en las franjas de retiro de la quebrada Santa Elena, que allí corre a cielo abierto.

Pero un sector con identidad y una larga historia, que es realmente lo único que tiene; como Lovaina, La Bayadera, Barrio Antioquia y otros sectores que cogieron ese tono oscuro de callejón y que en su tiempo fueron muy nombrados, sobre todo en la crónica roja de los periódicos, y que ahora, como el caminito del tango, son sombras que el tiempo borró.

Porque eso es La Toma versión 2014, o pronto será: una sombra no más. Por la transformación urbana que está sufriendo todo el sector. La parte baja cambió por completo con la construcción del Parque Bicentenario y la Casa Museo de la Memoria, y la parte alta seguramente cambiará para siempre sus usos y costumbres cuando se construya la estación Miraflores, la más grande del tranvía de Ayacucho y punto de anclaje de uno de sus metrocables. Entonces La Toma será otra cosa, solo quedará su recuerdo y su mala reputación, que no se quita ni con papel de lija.

Todo empezó con Mon y Velarde

La historia de La Toma arranca bien temprano. Exactamente cuando el oidor español Mon y Velarde ordenó construir la primera acequia que tomó el agua de la quebrada Santa Elena y la llevó a una fuente instalada donde hoy está el Parque Berrío. También hizo construir un puente, el mismo que un siglo después arrasó la creciente. Se reconstruyó de madera y mejorado con barandas y techo de tejas, y en sus inmediaciones brotaron fondas donde los arrieros descansaban mientras sus mulas tomaban agua de la quebrada. De ahí el nombre de la zona: La Toma, también llamada Campo Alegre por una famosa cantina

que allí había, donde el poeta Abel Farina compuso sus primeros versos.

Y diez cuadras más arriba se construyó la primera planta hidroeléctrica de Medellín, otro aporte de la Santa Elena al progreso de la ciudad. Entonces los asombrados parroquianos vieron encenderse, como por arte de magia, 150 luces de arco que alumbraron las calles. Fue esa la noche en que 'Marañas', popular loco de la época, proclamó su célebre frase: "Te jodiste luna, de hoy en adelante te vas a tener que ir a alumbrar pueblos".

El mundo estaba cambiando, indudablemente; cambio que para La Toma se ahondó cuando los hermanos Echavarría, ricos importadores de telas, tuvieron capital para montar una fábrica y producir sus propios textiles. La montaron medio kilómetro abajo del puente de madera, al lado de la quebrada. Así nació Coltejer en 1907, con diez obreros y cuatro telares, que diez años después fueron 130.

Y hasta ahí llegó la bucólica vida de La Toma, hasta entonces un caserío de mazamorreros, areneros y señoras que lavaban ropa por encargo; un paraje pintoresco de casas de tapias, bahareque y techos de paja, con charcos cristalinos donde iban a pasear las gentes de la ciudad. Pero ya con Coltejer ahí, todo eso empezó a cambiar. Con los telares llegaron los obreros, muchos de ellos forasteros que construyeron sus casas a la vera de la quebrada.

La Toma se fue pues densificando y expandiendo paralela a la vecina calle Ayacucho, que tuvo tranvía a partir de 1921 y era el eje vial de Buenos Aires, un barrio pinchado en ese entonces, sembrado de casaquintas y habitado por familias conspicuas. Mientras que La Toma, con sus casas obreras e inquilinatos, venía siendo el primo pobre de la familia. No en vano allí, en el puente de La Toma, exactamente el 1 de mayo de 1925, un grupo de entusiastas artesanos, obreros y maestros de obra proclamó a María Cano, la célebre líder sindical de entonces, como la "Flor del Trabajo".

Los inquilinatos eran caserones donde los obreros y obreras pagaban

pieza por mensualidades, en una ciudad ya metida de pies y manos en la voraz dinámica del progreso, alimentada por el auge industrial y urbanizador y las migraciones desde los pueblos. Así crecieron Boston por un lado y Buenos Aires por el otro, y nacieron otros nuevos, como Villa Hermosa y Enciso, barrios de artesanos y obreros.

Los años del tango

Coltejer aprovechó la coyuntura propiciada por la Segunda Guerra Mundial y se modernizó. Para 1945 generaba cuatro mil empleos y en tres factorías operaba 1.900 telares, la mitad en ellos en Coltefábrica, como se llamaba la factoría de La Toma.

Rodrigo Ospina, un niño entonces, recuerda que cuando iba a llevarle el almuerzo a su padre, obrero en Coltefábrica, veía que empleaban a casi todo el que llegaba preguntando por vacantes. Y cuando fue mayor él tampoco tuvo obstáculo. Llegó a la sección de crudos, donde había una ruidosa máquina desmadejadora de algodón. La 'Diabla', la llamaban, porque echaba fuego y era peligrosa, tenía un buen récord de manos cercenadas. Ni el propio administrador de la fábrica se salvó de sus cuchillas. Una vez, mientras intentaba demostrarle al inspector laboral que la máquina no mochaba manos por maldad sino por descuido de los obreros, esta le mojó una mano.

Así que buena parte de la vida de La Toma giraba en torno a Coltefábrica, y como las vacaciones allí eran colectivas, los diciembre eran fenomenales. Los obreros salían con los bolsillos llenos y cargados de aguinaldos, porque los patrones de entonces, dice Rodrigo, eran paternales, les gustaba hacer de Papá Noel en navidades. También se volvieron costumbre los matrimonios colectivos entre obreros y obreras. Veintidós parejas recién casadas llegó a contar Rodrigo en un diciembre. Entonces los bailes se multiplicaban y las casas se abrían para que entrara todo el que quisiera; y en 'El Hoyo de Misiá Rafaela', un callejón

ciego por donde ni hoy pasan carros, las verbenas en las noches de las veladas eran multitudinarias.

El puente de La Toma era otro epicentro de encuentros, siempre ha sido la esquina del movimiento, pero ya no de madera sino blanco, de cemento armado porque debía soportar los buses de escalera que prestaban servicio público en la zona. Además, en sus esquinas estaban los bares más animados, de tangos en semana y de rumba cubana sábados y domingos. Como el Barcelona, que le hacía contrapeso al Viejo París, el legendario bar de tangos de Enciso.

Pero muy pocos —barrio pobre al fin de cuentas— podían ir al encoquetado Club del Comercio, en Miraflores, vecino de La Toma, el bailadero más grande de la ciudad, donde tocaban las orquestas del momento: Lucho Bermúdez, la *Italian Jazz*, Edmundo Arias, Pedro Laza, el Sexteto Miramar...

Y había fervor por el fútbol. La Toma fue cuna de buenos jugadores, Rodrigo, uno de ellos. Los partidos se jugaban en la cancha de Miraflores, la más vieja de Medellín, y en la de Alejandro Echavarría, una urbanización que Coltejer construyó para sus obreros arriba de La Toma. Y gracias a ese fervor Rodrigo ganaba mejor sueldo, pues este le incluía prima por hacer parte del equipo de la fábrica. Y era bueno, dice. El primer gol oficial en el Atanasio Girardot, a mucho honor, lo marcó él, en el partido inaugural que enfrentó a las selecciones de Antioquia y Valle. Le propusieron que entrara al profesionalismo, pero se negó porque implicaba retirarse de Coltefábrica, donde tenía el porvenir asegurado, mientras en el fútbol el presente duraba poco y el futuro nada.

Los años del porro

Ya estamos en los años sesenta. Ruderico Salazar, actor del Pequeño Teatro, nacido y criado en La Toma, cuenta en una obra sus nostalgias de aquellos años, época dorada según él, los años del porro.

En la nomenclatura oficial ya figuraba La Toma como parte del barrio

Caicedo, con la cola de abajo incrustada en el barrio Boston. Seguía siendo un sector marginal, de familias de obreros, albañiles, carpinteros y artesanos, pero también de vagos y malevos, que con alguna frecuencia lograban que La Toma figurara en las páginas de los periódicos como zona tenebrosa.

La ciudad había cambiado. A los jóvenes que crecían en los barrios o llegaban de los pueblos en busca de oportunidades, o empujados por la violencia, ya les era difícil emplearse. Conseguir coloca en Coltejer era como ganarse la lotería, recuerda Ruderico. Razón para que las laderas vecinas a La Toma empezaran a poblarse a la pirata, por la vía de fincas loteadas en las que la gente construyó sin planeación: una

casita aquí otra más allá. O por invasión, a la brava, levantando ranchos que la policía tumbaba de día y la gente reconstruía de noche, y a ver cuál se cansaba primero. Así nacieron, en torno al cerro Pan de Azúcar, los barrios Villatina, Llanaditas, La Libertad y otros que ejercieron presión social sobre los barrios viejos de la parte baja, como Caicedo-La Toma, que tuvo que tomar precauciones que antes no necesitaba. La seguridad ya no estaba garantizada.

Pero seguía siendo un barrio alegre, propenso a la música y el baile, sobre todo del porro, que competía con el tango y la música caribeña en los tocados de las casas y las rocolas de los bares, donde sonaban mucho *Juan Onofre* y *Mujeres feas*, porros que fueron himnos en La Toma.

Y seguía siendo cantera de futbolistas para el Medellín y el Nacional, aunque más para el primero. La Toma ha sido más del DIM, sostiene Ruderico. Precisamente un tío suyo, Jaime Salazar, jugó en este equipo. Era petiso pero fuerte, y una rana saltando, nunca lo banquearon. En el DIM también jugaron los hermanos Velásquez, Néstor Herrera, el 'Toto' Hernández, hombre grandulón, ronco, jueguista, que vestía de sombrero alón, zapatos blancos y camisas hawaianas, amigo de todos y generoso con la plata; un bacán, en suma.

Empezamos en La Planta, punto hasta donde llegaba la parte urbanizada, porque de ahí para arriba solo había fincas con potreros donde pastaban vacas y florecían guayabos, búcaros, nísperos y carboneros; y un rastrejero llamado Ratón Pelao, donde una banda de asaltantes bancarios que medraba en la zona solía darse bala con los detectives de la policía comandados por Ramón 'Hueso', el más valiente de todos. Y estaba la quebrada Santa Elena, que allí corría relativamente limpia y tenía charcos memorables, como El Amazonas y El Remolino, donde la gente iba en paseos de olla.

Cerca de La Planta estaba el camino a las letras de Coltejer en el cerro Pan de Azúcar; letras de diez metros

de altura que prendían de noche, luces verdes y rojas que se alcanzaban a divisar desde todo el Valle de Aburrá. Fue una estrategia publicitaria que Coltejer ideó a imitación del famoso aviso de Hollywood que salía en las películas. La subida hasta allí se volvió paseo obligado. La gente llevaba fiambres y se quedaba hasta las seis de la tarde para contar el tiempo que tardaban las letras en prenderse. A la esposa del mayordomo, que se llamaba María de los Angeles, la conocían como 'La mamá de las letras', y a sus hijas les decían 'Las letreras'.

Más abajo estaba la Casa de Dulcinea, una mujer que tenía un ojo de vidrio y, bajo cuerda, manejaba citas amorosas; y la Vuelta de Péndulo, llamada así porque ahí vivía el gay del barrio, apodado 'Péndulo'. Seguía El Siboney, un bar donde se oía música argentina, el primero que tuvo rocola de monedas. Era el chequeadero de los buses de escalera que subían a lo largo de las calles 51 y 52, ya pavimentadas. A Ruderico su papá le contó que, recién casado con su mamá, llegaba al Siboney y ponía en la rocola *Dos gardenias*, de Daniel Santos, y así su mamá, que vivía al frente, sabía qué había llegado, y entonces se asomaba a la ventana.

Metros abajo había un puente de tablas, y al frente el Bar de Elisa, donde se amañaban mucho los policías, que en ese tiempo conducían a los detenidos en unas incómodas patrullas llamadas "bolas". Y cerca, la famosa tienda de María Panela, la señora más anciana del barrio, tanto que nadie la conocía joven, toda la vida fue vieja. Era boquisucia y de temperamento alzado, pero muy amena con sus historias. Su tienda era de tapia vieja, caída, fea, estrecha, oscura, no tenía radio siquiera ni había donde sentarse, pero aun así los señores se tomaban allí sus guaros, conversaban y chismoseaban. Entre ellos 'Sanducha', que vestía de gorra y cargaderas, tan gago que escupía a todos cuando hablaba; Leonardo Peña, que llevaba el pantalón subido hasta el ombligo y siempre regateaba las cuentas; y un señor al que le decían 'Sobrado de tigre', porque tenía la cara comida por la viruela; un apodo tan cruel que en su presencia nadie lo mencionaba, de modo que el único que no sabía que lo llamaban así, era él.

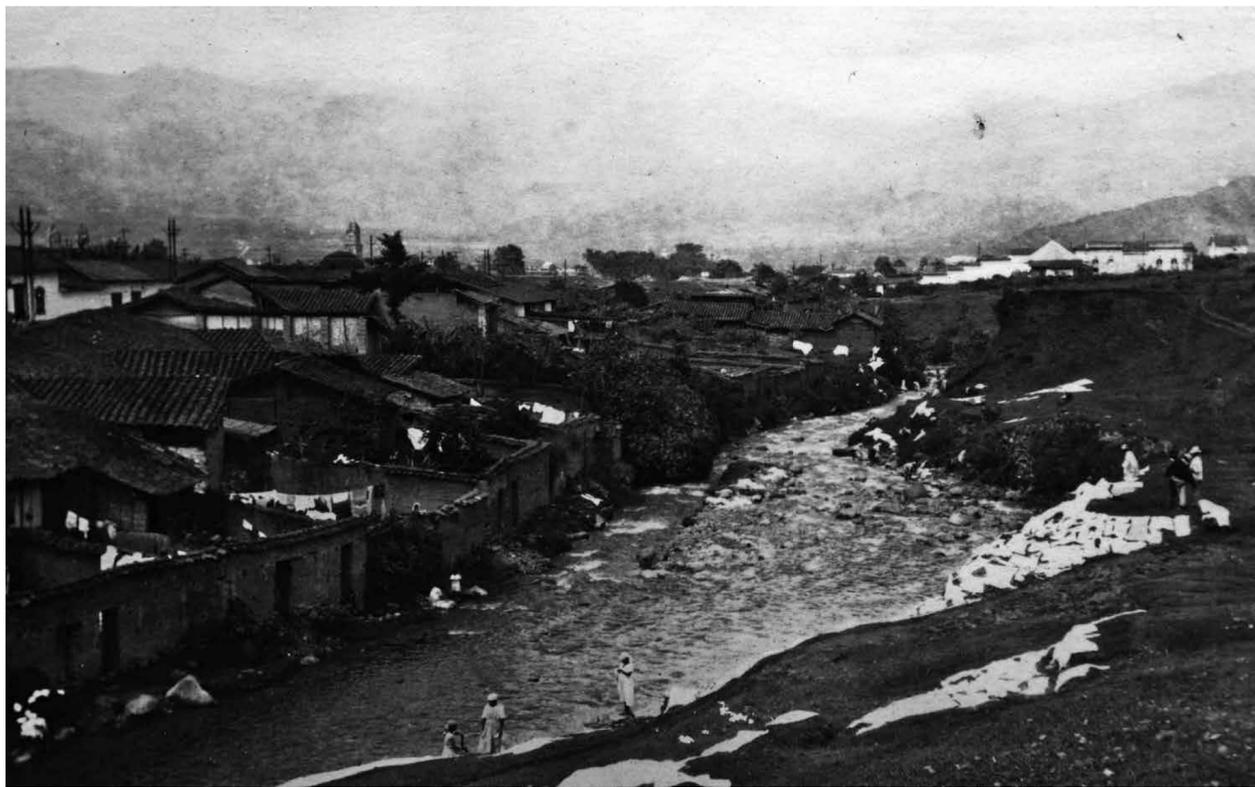
Continuando el paseo nos topamos con la tienda de Ana Sánchez, una señora que no quiso tener marido, lo cambió por

siete gatos que solían adornar los estantes de su tienda. Y llegamos al Hoyo de Misiá Rafaela, sitio emblemático, el bulvar de la parranda en navidades, fiestas a la Virgen y Feria de las Flores, que en esos años se hacía a lo largo de La Playa, o sea en las barbas de La Toma. Cerca de allí abría el Bello Mar, de don Pipe, un tipo grandote que con una mano alzaba a los borrachos por la solapa y los ponía de patitas en la calle.

Antes de pasar el puente blanco había un desvío que llevaba a la famosa Vuelta Guayabal, un agujero negro que cargaba con buena parte de la mala fama de La Toma. Fue primero una zona de prostitución, de tolerancia que llamaban, hasta cuando a un alcalde, godo como él solo, le dio por recoger las putas desperdigadas por la ciudad y concentrarlas en un solo lugar: el Barrio Antioquia, y para allá se llevó a las de la Vuelta Guayabal. Y tras el retiro de las putas llegaron los marihuaneros, entonces se volvió punto de expendio y consumo de la yerba maldita, como la designaba la propaganda oficial; meca de camajanes, como se les decía con desprecio a los que la fumaban, que todavía no eran legión pero ya se notaban. Y para acabar de joder la fama del lugar, y de La Toma en general, allí la policía rescató al primer secuestrado que hubo en Medellín.

Pasando el puente estaba el famoso Barcelona, el templo del tango y punto de encuentro de los bacanes que usaban camisas coloridas de manga larga, zapatos blancos combinados con negro y mocasines por si había problemas salir volados. En la esquina del frente, en un segundo piso con balcones, quedaba un bar que tenía todo el repertorio de la Sonora Matancera. Lo administraba 'Lola Puñales', una matrona coqueta y deslenguada que reía a carcajadas y saludaba a los clientes con palabras feas. Ruderico recuerda que los domingos, cuando lo llevaban a misa por la mañana, su mamá le pedía que no mirara para allá para que no viera los borrachos y las mujeres amanecidas con sus faldas y escotes desarreglados.

A la vuelta estaba la inspección de policía, regentada por el inspector Absalón, el terror de los malandrines e infractores, mejor conocido como 'Treintazo', porque a nadie le negaba un canazo. En esa época los inspectores, si les daba la gana, tenían potestad para retener hasta por treinta días a una persona, y a él siempre le daba la gana: a



La quebrada Santa Elena / Anónimo / 1927



Puente La Toma / Manuel A. Lalinde / s.f.

todo el que cogía le aplicaba su treintazo en la cárcel La Ladera, que quedaba cerca, hacia Enciso.

Entre el puente blanco y Coltefábrica, había otros bares: El Torrente y la Copa de Oro, de puro tango; el Monterrey, que tenía las baldosas del piso lustrosas de tanto bailar sobre ellas; y El Deportivo, donde sonaban mucho Garzón y Collazos, Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas. Y sobre la calle Colombia, al lado de Coltefábrica, última frontera de La Toma, estaba la tienda de Benitín, que vendía los mejores chorizos del mundo, dicho por todos; y el teatro Buenos Aires, donde los niños iban los domingos a matiné a ver películas mejicanas, de pistoleros y romanos, de Cantinflas, y lo administraba un bárbaro que les ponía tangos mientras la función empezaba, recuerda Ruderico.

El puente de Brooklyn

El puente de Brooklyn mide 1.825 metros, el puente de La Toma apenas ocho. No obstante esa pequeña diferencia, los traquetos que medraron en esta zona a finales de los años setenta, que viajaban a Nueva York con alguna frecuencia, lo bautizaron así: El Puente de Brooklyn.

Era la época loca en que el dinero fácil de la cocaína anegaba las ilusiones y las conciencias, y tuvo su especial efecto en Caicedo-La Toma y Buenos Aires, cunas de las primeras mulas del narcotráfico que viajaron con visa a USA. No fueron pocos los que se metieron en la vuelta de llevar droga y traer dólares, o terminaron siendo mandaderos, choferes o empleados de los traquetos exitosos. Por ejemplo, el tío de Ruderico, talabartero, era quien les preparaba las maletas con doble fondo y los zapatos con compartimientos para esconder la droga, que fue la forma como operaron en sus comienzos; o la pasaban en el estómago, en bolsitas que se tragaban, hechas con dedos de guantes quirúrgicos, mientras sus mamás, tías y hermanas iban a Sabaneta a rezarle a la Virgen para que en el viaje las bolsitas no se reventaran.

'Mingo', un vago irredento que hacía vida en el puente blanco, fue el primero en coronar. Era un hombre gordo y feo como un orangután, lo que no fue óbice para que de la noche a la mañana se volviera el chacho del barrio. Tras su tercer viaje regresó a La Toma en un Dodge Dart con el capó en cuero, una elegancia. Y para celebrar la primera comunión de su hija alquiló un fin de semana Lucky 77, la discoteca de moda en Las Palmas. Fue sin duda el acontecimiento social de La Toma aquel año, con shows de magos y payasos como no se habían visto nunca, y a cada niño que fue le regaló un radio transistor traído de la USA, lo que hoy equivaldría a un Ipod; y de la piñata reventada cayeron billetes de veinte y cincuenta dólares, recuerda Ruderico, que estuvo en esa fiesta.

Otro famoso fue Fabio Moreno, quien como Mingo era hincha del DIM, y como este tampoco duró mucho para



Casas del sector antes de la construcción del Parque Bicentenario / Luis Fernando González / s.f.

contarlo. Fue el principal animador de las tradicionales fiestas a la Virgen en el Hoyo de Misiá Rafaela, que duraban hasta tres días con trago y comida para todo el que fuera, de cuenta de ellos, los traquetos. No había ni por donde caminar del gentío, y quemaban pólvora día y noche.

Pero no solo en diciembre sonaba la pólvora. También, y ruidosamente, cuando alguno coronaba un embarque. Entonces a la gente se le adelantaba la navidad, como se decía, porque los tipos regalaban plata a dos manos, mataban marrano y cerraban las calles para prender la rumba. Y para sus fiestas privadas mandaban a traer putas de Lovaina o de Marta Pintuco, o se enrolaban con las chicas del barrio que se le medían a esa vuelta. Y cómo no medirsele, dirían en su defensa las chicas, si salían liquiadas de esas fiestas. Por prestarse a extravagancias como tursarse la cabeza, les regalaban una moto; o un Renault 4 por comerse una cucaracha viva.

Argemiro Múnera fue otro traqueteo famoso, llamado 'El Palomo' porque vestía de blanco. Se retiró de Coltejer para dedicarse al traqueteo, y le fue bien en todos los viajes, menos en el último. Llegó a La Toma con una mano adelante y otra atrás después de pagar un canazo.

Tampoco se puede quedar por fuera Elkin Carrasquilla, el 'Arepero', llamado así porque antes de ser traqueteo vendía arepas. Era el más excéntrico, recuerda Ruderico. No era rumbero, tomaba poco y era devoto de San Judas Tadeo, patrón de las causas desesperadas; santo del que él mantenía estampas y medallitas para regalarle a la gente, y en sus fincas le tenía altares gigantes. Ni se puede quedar 'Guan-tango', el dueño de El Bambú, donde sonaba La Fania y toda la colección de salsa que en ese mismo momento se escuchaba en Nueva York, de donde él la traía en discos de acetato; sin duda la mejor colección de salsa de la ciudad,

de después de su muerte se diluyó, se perdió, como todo lo de los mafiosos.

Hasta que el sonido de la pólvora se empezó a confundir con el de las balas, y entonces la situación entró en otra dinámica. Caicedo-La Toma sería, en la década de los ochenta, cuna de muchos de los pistoleros a sueldo que alimentaron el poder de fuego del llamado Cartel de Medellín. Las motos Yamaha 150, unas avispas voladoras que se metían por cualquier parte, se hicieron comunes en las calles de La Toma, donde el solo nombre de Pablo Escobar infundía respeto.

Para completar el panorama, en 1982, incapaz de sobrevivir al contrabando y a la competencia de precios de otros países, cerró Coltefábrica, se acabó esa fuente de empleo. Y hasta el puente blanco cambió, se le modificó la estructura y lo pintaron de otro color, por se siguió llamando Puente de Brooklyn.

El desbarrancadero

La década de los noventa fue la más aciaga y aceleró el deterioro social. En La Toma seguían viviendo familias tradicionales, gente decente, pero entre ellas aparecieron las plazas de vicio y las guardias de delinquentes.

Muchas de las casas grandes que en el pasado fueron inquilinatos, se convirtieron en fumaderos y expendios de drogas, en pasajes donde llegaban los ansiosos del bazuco, que en aquellos años se consumía más que la misma marihuana, lo cual ya era mucho decir. Entonces La Toma se volvió una olla sin redención. Esa era ahora su marca, su inri. Sin olvidar que fue allí donde encontró la muerte José Manuel Freydel, importante dramaturgo de este país. Era cliente habitual del sector, donde mercaba su bazuco, hasta una noche de septiembre de 1990, cuando en medio de una discusión con los jíbaros que se lo vendieron, y alzado como era, les alegó y terminó con un chupa-chupa clavado en el

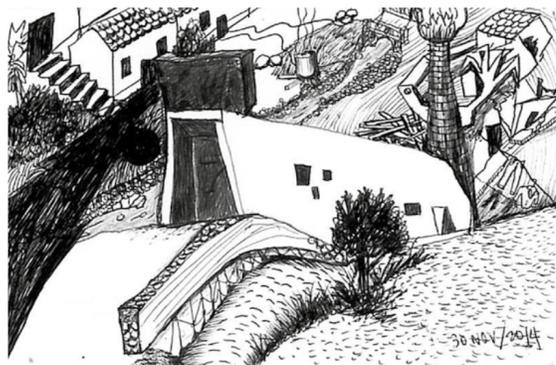
estómago. Con eso tuvo, murió recostado en la puerta de una casa, tenía 41 años.

"Las bandas no desaparecieron con la muerte de Pablo Escobar, lo que hicieron fue transformarse", palabras textuales de doña Marina, líder comunitaria en esos años, refiriéndose a los combos de pillos y gatilleros que quedaron sueltos, sin mando. Entre ellos un tal Ronald, un hombre que mataba por el gusto de ver caer, según su fama. Todo el mundo le temía, cambiaban de acera cuando lo cruzaban en la calle, porque el solo mirarlo era ponerse en riesgo. Dicen que mató a un locutor que habló mal de él por una emisora.

Otros se plegaron a los milicianos que coparon espacios en Caicedo y barrios aledaños. Y estos a su vez, ya a finales de los noventa, en pleno cambio de siglo y de milenio, tuvieron que combatir contra los paracos que llegaron a desplazarlos. No se podía pasar de un barrio a otro. Los de La Toma no podían ir a Enciso, y viceversa. Entonces el terror se hizo norma y el encierro obligatorio, las balaceras estallaban en cualquier lado. Cuenta doña Marina que cuando avisaban sobre algún muerto, ella ahí mismo salía a mirarlo, no porque le gustara mirar cadáveres, sino para saber si se trataba de algún familiar o vecino.

Por otra parte las invasiones tuguarias se intensificaron, coparon el espacio que quedaba en las laderas, esta vez por cuenta de los desplazamientos generados por el conflicto armado en los campos de Antioquia; guerra que se acabó hacia el 2003, cuando la zona, y Medellín en general, entró en un periodo de distensión.

Y así hasta hoy, cuando la nueva visión que sobre el destino de la zona tiene la administración de la ciudad, se está llevando de ancho lo que queda de La Toma. Una sombra ya pronto será, como se dijo atrás; hoy un lugar donde solo los más viejos pastan sus recuerdos porque los más jóvenes están en otro cuento, en otras vueltas. ☹



La exposición **Memorias y desmemorias de Quebrada Arriba (La Toma)** que se exhibe actualmente en el Museo Casa de la Memoria es una aproximación a un territorio fundamental para entender la historia urbana de Medellín. Una historia que con la construcción del Parque Bicentenario y el Museo ha sido, paradójicamente, silenciada por el proceso de reubicación y desplazamiento que vivieron muchos de los habitantes del sector.

Ven y visita la exposición hasta el próximo 14 de abril, o si tienes algo que contarnos sobre este sector escríbenos al correo: museocasadelamemoria@medellin.gov.co
Calle 51 # 36-66
Teléfono: 383 40 01

Fallas en la Memoria
Alejandra Higuera
2014

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA

Ahorro y crédito con solidaridad para el bien vivir www.confiar.coop

ORQUESTA SINFÓNICA EAFIT

15 años

Directora: Cecilia Espinosa Arango

Solista: **Sebastián Plata** (Colombia)

IV Concierto de Temporada 2015

Seis danzas para vientos de Ignacio Cervantes
Concierto para clarinete N°4 de Louis Spohr
Sinfonía N° 2 Op. 43 de J. Sibelius

Martes 14 de abril, 8:00 p.m.
Auditorio del colegio la Enseñanza
(al frente del centro comercial Santa Fe)

Boletería: \$30.000 y \$20.000 | 50% de descuento para adultos mayores, estudiantes y eafitenses)

Teléfono 261 9500 ext. 9732 | www.eafit.edu.co/sinfonica | @SinfonicaEAFIT | Orquesta Sinfónica EAFIT

MinCultura Ministerio de Cultura | PROSPERIDAD PARA TODOS | epm | UNIVERSIDAD EAFIT

Inspira Crea Transforma www.eafit.edu.co

Vestir al enamorado

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Elizabeth Builes

Por su insistencia en condenar la sexualidad a la cárcel del matrimonio, y la costumbre de los cilicios monacales, los críticos modernos de la cultura suelen atribuir al cristianismo la percepción del cuerpo como conflicto, como fuente de culpas, como una cosa que estamos obligados a esconder y soportar, como un antagonista perverso e imprescindible, como un añadido al alma inconsútil y pura, como un tirano inclinado a los deslices que nos complacen y nos atormenta, y como una vileza que somos y no somos y que jamás nos pertenece del todo. Es decir, como un gran embrollo.

Pero el malestar es una constante a todo lo largo del desenvolvimiento de la especie humana y puede rastrearse en los umbrales de la historia en todas partes. Las arcaicas disciplinas chamánicas destinadas a domeñar por el ayuno, el tormento, el llanto o la danza sagrada; las sutilezas filosóficas de los místicos chinos y la milenaria yoga que pretende purificarlo amansando los potros de la mente, prologaron la desconfianza que el cristianismo solo refinó.

El mito fundador de Occidente nos recuerda que nuestros primeros padres fueron expulsados del paraíso después de la desobediencia y que esta los hizo conscientes de su desnudez, que los avergonzó, hasta que descubrieron la manera de vestirlo con hojas de parra, según unos, o con tapados de piel, según otros. Todos nos acordamos de la imagen de Adán en el libro de historia sagrada, cubriéndose los genitales con una mano y la otra sobre el gesto angustiado. Y de los reproches que debió merecer el rey David por danzar desnudo delante del arca de la alianza. El poeta llamado X-504 en tiempos del nadaísmo, que después se llamó Jaime Jaramillo Escobar, dedujo de la fábula del Génesis que para reencontrar el paraíso solo necesitamos estar desnudos. Y que para escribir bien lo mejor es hacerlo sin el estorbo de la ropa. De cualquier manera, las hojas de parra pronto se perfeccionaron en los taparrabos tejidos y el taparrabos se complicó en la túnica y de ahí para arriba hasta el sombrero y para abajo hasta los zapatos acabamos vistiendo lo demás.

En la tradición judía la desnudez espanta. Los hijos del patriarca Noé fueron maldecidos después de descubrir la de su padre borracho. Este molesto incidente doméstico se constituyó en el origen de la división de las razas, según algunos exégetas. En el texto del judío Franz Kafka, *Investigaciones de un perro*, este animal habla de unos desdichados compañeros suyos que al son de la música, arrojando toda vergüenza, hacían lo más ridículo e indecente: se desnudaban, dice Kafka a través de su perro, y exhibían procazmente su desnudez, y a veces se tapaban con las manos siguiendo un sano instinto, como si la naturaleza fuera un error, avergonzándose de sus prácticas pecaminosas. Cervantes acudió a la desnudez como más desvergonzada inocencia en el episodio, uno de los más cómicos y tristes de su libro capital, donde don Quijote desnudo camina en las manos mientras Sancho se va con su carta en busca de Dulcinea del Toboso.

Los sacrificios corporales de los aztecas precolombinos que reseñaron los cronistas con asombro son un ejemplo tropical de la incomodidad que implicaba el cuerpo para las culturas que florecieron en América antes de la llegada de Colón y los misioneros cristianos, o mejor dicho católicos, porque ya casi nadie piensa que lo que se practica en el Vaticano tiene algo ver con el cristianismo. Los aztecas se autoinfligían terribles mutilaciones en honor de los dioses del maíz, el viento, la lluvia. Se laceraban con púas de maguey las mejillas, se horadaban los genitales ante pirámides oscuras de sangre, en un paroxismo sagrado que asombró a los primeros europeos, aunque ellos adoraban un Cristo doliente y macerado cuya figura lastimosa presidía un panteón abigarrado de seres estrofaletos que se habían dejado asar con alegría, habían caminado cantando a la boca de los leones, se habían sometido a penitencias escabrosas y se habían echado ceniza en la cabeza, humillando el pobre cuerpo en los raptos de confusión y remordimiento.

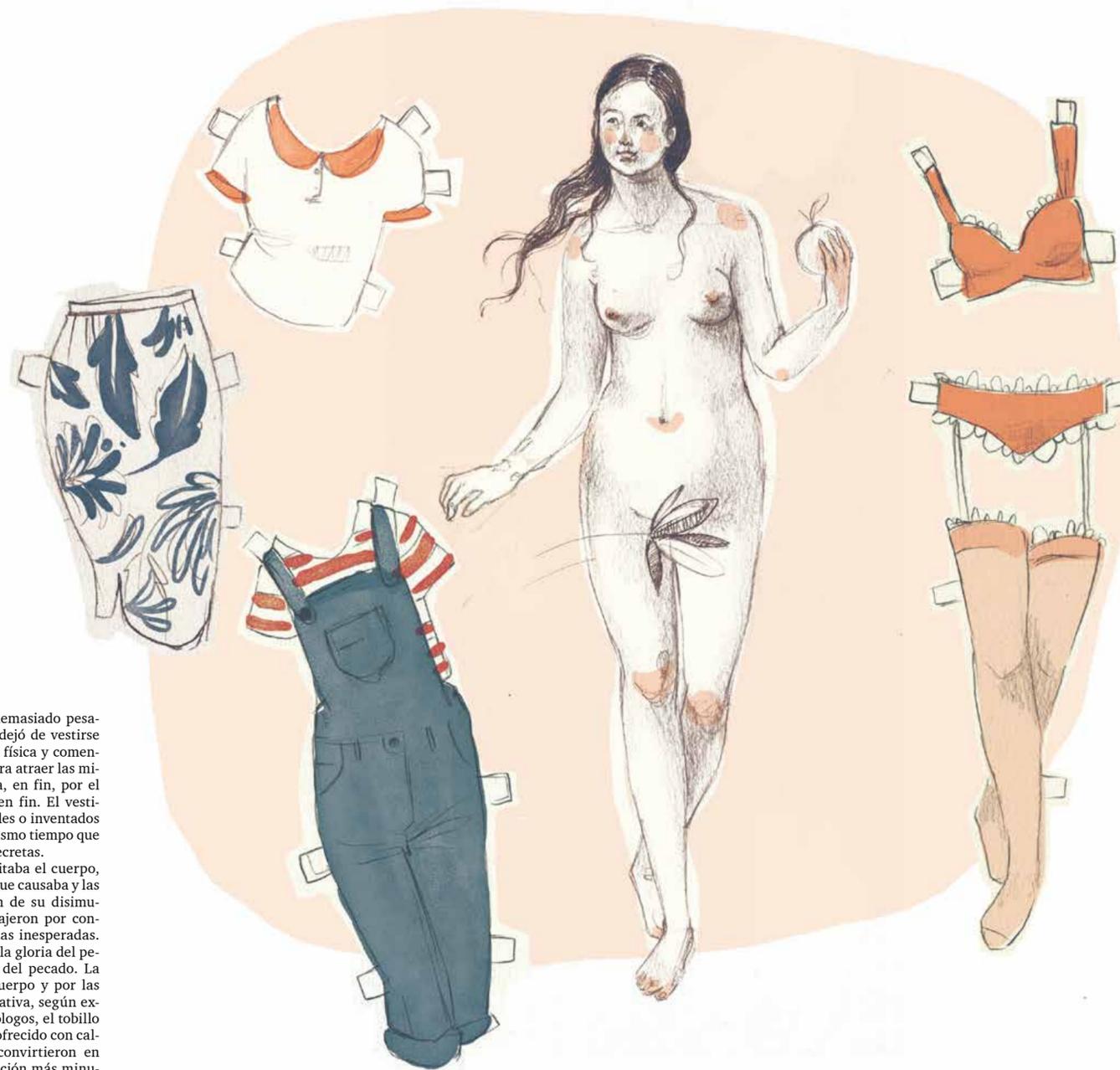
La animadversión entre la ficción del espíritu hipotético, invisible y eterno, y el frágil cuerpo real, concreto y mortal, es universal y arcaica. Tal vez porque el cuerpo, compañero inevitable, nos condena a la búsqueda de compañía contra el crimen de la soledad, y nos impone esta certeza: la de que está destinado a desaparecer con su nombre, su apelativo y sus sueños. El cuerpo nos pertenece a medias. Es un compañero cuyas carencias debemos atender, un desvalido camarada que siempre está exigiendo cuidados, que sudaba y ventosea y tose cuando quiere y se yergue cuando le da la gana. El estornudo fue para los griegos antiguos lo mismo que entre los chibchas la manifestación de un dios, de otro que creían albergar y el hombre de hoy sigue deseándose salud cuando ataca el reflejo. Esta cortesía prolonga un asombro ante lo incomprendible de las costumbres corporales. Guardián del enigma del alma con un destino marcado, estuche del espíritu, el cuerpo nos obliga a establecer extrañas relaciones con nosotros mismos y divisiones innecesarias entre los seres.

La Contrarreforma agudizó la antigua enemistad con el cuerpo hasta extremos intolerables. Y extremó la condena de sus placeres más inocentes, incluido el baño, como transgresiones inadmisibles. Pero al mismo tiempo, en compensación, fueron tiempos cuando el traje que lo resguarda de la mirada ajena se convirtió en una forma del sibaritismo, en un elemento simbólico que ayudaba a reafirmar unas singularidades, unos estados de ánimo y unas jerarquías. El vestido no solo cubre las llamadas vergüenzas de la carne, útiles, placenteras y deleznable. También las descubre y subraya, las destaca en el coqueteo y las exalta en las plumas del traje de gala. En la perplejidad, pronto comensaron a ser vistos en Occidente como un problema los cardenales gozados del Renacimiento que desvestían a sus primas hermanas y a sus sobrinos, y amaban la opulencia, los armiños, el frufrú de las sedas, las hombreras para mejorar la estatura, los volantes para remediar la

levedad en los físicos demasiado pesados. Entonces la gente dejó de vestirse solo para cubrir la cosa física y comenzó a hacerlo también para atraer las miradas, para ser deseada, en fin, por el puro goce, convertido en fin. El vestido tapa los defectos reales o inventados de la carcasa física al mismo tiempo que ostenta las cualidades secretas.

La culpa donde habitaba el cuerpo, los tormentos morales que causaba y las perversiones que nacen de su disimulo morbo también trajeron por contraste un juego de dichas inesperadas. Entre las cuales cuenta la gloria del pecado, de la conciencia del pecado. La exclusión valorizó el cuerpo y por las facultades de la imaginativa, según expresión de los viejos teólogos, el tobillo entrevisto y el hombro ofrecido con calculada discreción, se convirtieron en primicias de una revelación más minuciosa, hasta que el devastador y devastado siglo XX se empeñó en socializar el desnudo en un vano intento por rescatar su inocencia extraviada desde la expulsión del paraíso, y por vencer por la vía de la desfachatez las imposiciones de la moral y el falso pudor de los escribas y los fariseos.

La noción del cuerpo como pecado, como una cosa que debe embozarse, le concedió en el proceso civilizatorio un gusto que debieron desconocer las tribus pretéritas en cueros. El vestido como protección contra el polvo y la canícula, como resguardo o como adorno marcó un límite por conquistar y representó un desafío y una promesa de deleite. La frontera del vestido aumentó el encanto del cuerpo, envolviéndolo, para insinuarlo mejor y despertar el deseo de la posesión.



Así, contradiciendo el propósito aparente de servir al pudor, con el pecado y el traje llegaron un montón de alegrías nuevas y sobre todo, la felicidad de desvestirse que propicia la última lectura del otro y nos permite penetrar en la verdad de su carne encubierta, pelándole las conchas del disimulo para entrar en el coto prohibido de su verdad. Todos recordamos el día milagroso cuando un cuerpo se entregó a nuestro abrazo con toda franqueza, la primera vez, redimiendo las vergüenzas del propio con su presencia monda y lironda, entregado en el gesto supremo de confianza que representa abandonarse en otro despojado de artimañas.

En una lectura casual encontré, sin embargo, un placer inusual añadido al problema de la trinchera del vestido, distinto del placer de desnudar el objeto del deseo que es el más socorrido, y que me recuerda el personaje de *El amor en los tiempos del cólera* que enamorado de América Vicuña, su niña de catorce años, la sube en una mesa para hacerle el lazo de los zapatos del uniforme que ella siempre se hacía mal. Y le da besos en la cuquita de papá. Fray Juan de Santa Gertrudis, un misionero franciscano que corrió entre Cartagena y las selvas del Putumayo en el siglo XVIII, autor de un libro titulado *Maravillas de la naturaleza*, un texto farragoso pero lleno de curiosidades botánicas, antropológicas y geográficas, de historias de pícaros y conversiones increíbles, propone un gusto inédito para estos tiempos cuando todo el mundo aspira, en rebelión contra la tiranía de la moral y en detrimento de los fabricantes de trapos, a empetolarse o a empetolarse.

Fray Juan, que no era de palo, confiesa en el libro la perturbación que le causaban dos indias que había tomado para el servicio de su casa. Y dice que por no ver desnudas todo el día delante de sus ojos a las dos mocitas tomó unas telas que tenía y les trazó una camisa a cada una. Para pollera cortó las faldas de una túnica suya. Y como llevara algunos peines y cintas, le pareció buena idea acicalarlas. Entonces les ató criznejas, les puso zarcillos de cobre en las orejas y con abalorios y unas cuentas de cristal que traía de España les hizo gargantillas.

La tarea espiritual del franciscano resulta excitante para el lector. Por el amor y la morosidad que pone en el relato uno quisiera haber estado presente para ayudarlo al curita en la sagrada liturgia. Es obvio que cumpliendo su deber misionero sobrepasaba la obra de misericordia de vestir al desnudo. Pone tanta ternura en la mención de las gargantillas, los abalorios, los peines y las polleras que sacó de su propia túnica sacerdotal, que es imposible que no gozara. Uno juraría sin faltarle al respeto al santo fraile que estaba encantado. Y que el diablo de los franciscanos, que es de los más acuciosos, estaba ahí, presente, atento, disfrutando mientras cumplía su labor civilizadora en las dos muchachitas desnudas.

Por desgracia, termina el fraile su relato, después de la faena, del esmero al santo fraile que estaba encantado. Y que las recibió con grandes carcajadas. De modo que las recién vestidas, llenas de vergüenza, tiraron lejos sus atuendos recién estrenados y, dice el fraile con amargura, no hubo manera de convencerlas para que volvieran a vestirse. ☹

Alemán Pues
— Restaurante & Cervecería —
Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

Cheesecake

Kaldi Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511
Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355
Panadería natural, cafés de origen

NOCHES DE RADIO

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustraciones: Tobías Divad Nauj

Hace más de treinta años — para ser exactos, la noche del miércoles 19 de octubre de 1983—, mi hermano y yo escuchamos un partido del Medellín entre las cobijas. ‘El Poderoso’ jugaba contra el Tolima en el Atanasio Girardot y logró poner el marcador 2-2 con un gol tardío de Carlos ‘El Tigre’ Acevedo, un uruguayo que pasó sin mucho ruido por la historia del equipo rojiazul. El que por entonces hacía la magia y, en consecuencia, copaba las portadas de los periódicos, era León Villa, conocido más adelante —cuando se vistió con las rayas verdes del vecino de patio— como ‘El León de Campo Valdés’; porque la noche de marras recibió del locutor el remoquete —más sencillo pero al mismo tiempo más solemne— de ‘Maestro colombiano’. Esa jornada de octubre, alargada clandestinamente hasta las diez y cuarto de la noche a despecho de la temprana rutina colegial que nos esperaba al día siguiente, fue una de mis primeras experiencias importantes con la radio al oído; por lo menos, la que aparece en el primer lugar de mi tramposa memoria. Yo tenía nueve años.

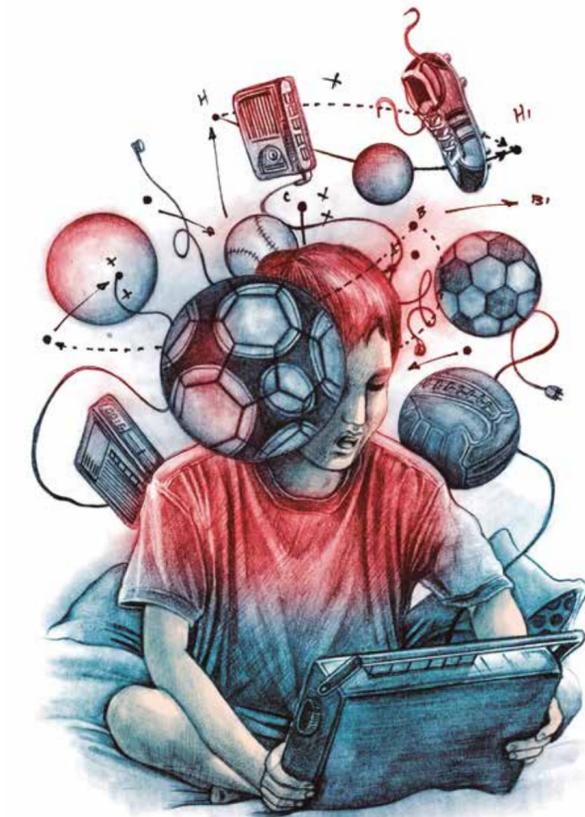
Sobra decir que en los años ochenta la transmisión por televisión de los partidos de la liga colombiana era impensable, como no se tratara de la última fecha del octogonal final, día en el que, casi invariablemente, solíamos ver a los diablos del América dar la vuelta olímpica. En 1985 ocurrió algo salido del libreto y fue que, para adornar el país mientras los *rockets* del ejército se clavaban en la mole del Palacio de Justicia, el presidente Betancur autorizó la transmisión de no sé qué partido o resumen inédito de goles. Por razones que se me escapan, ese mismo noviembre, el recién nacido Teleantioquia retransmitió un partido en que Medellín había vencido 1-0 al Cali; por supuesto, mi hermano y yo lo habíamos escuchado por radio la noche anterior, y más que el gol de cabeza de Luis Carlos Perea —otro que saltó al solar ajeno— nos había quedado en la cabeza una expresión usada por ‘El Espectacular’ Jorge Eliécer Campuzano para describir cómo ‘Ormeño’ Gómez había atajado un remate letal del ‘Checho’ Angulo: “¡A contrapierna!”. Nunca nos lo confesamos el uno al otro, pero cuando pudimos ver la jugada en la transmisión diferida sentimos que, contada en la radio, la acción de nuestro arquero había sido más audaz.

El transistor de casa era el radioreloj que nuestro padre, *in articulo mortis*, le había dejado a mamá como regalo de Navidad en 1980. El aparato solía estar en su alcoba, salvo por alguna situación de excepción; sobre todo, que ella estuviera agobiada por sus pertinaces jaquecas y, además, que el partido que nos interesara acabara demasiado tarde. Otra cosa era cuando se trataba de escuchar las transmisiones de las etapas de la Vuelta a España o el Tour de Francia: entonces mi hermano estaba autorizado de antemano para

instalar el radioreloj en nuestra habitación desde la noche anterior, pues las emisiones comenzaban en la madrugada, y como él y yo ya estábamos en bachillerato —por lo menos así fue a partir de 1986—, íbamos al colegio en la tarde y no era forzoso aprovechar todas las horas oscuras para dormir. Por lo que respecta a mi madre, a ella le bastaba su reloj biológico para levantarse a la hora exacta en que debía despachar a nuestra hermana mayor. Recuerdo particularmente el alba del 4 de mayo de 1987, cuando el radioreloj se encendió automáticamente a la hora programada y pudimos saber que, en la carrera ibérica, Néstor Mora se había fugado y marchaba con una ventaja de nueve minutos sobre el pelotón; cuando clareaba lo capturaron, pero hacia las nueve de la mañana ‘Lucho’ Herrera despertó, se alzó sobre la bicicleta, sembró a los demás en la carretera y se enfundó la camiseta amarilla en la meta de Lagos de Covadonga.

Como no mediaran los dolores de cabeza maternos o las grandes vueltas ciclísticas europeas, lo habitual era que mi hermano y yo nos acomodáramos junto al radioreloj en la propia alcoba de mi madre. Como en 1986 —por lo que se ve, el año de nuestra mayoría de edad— nos hicimos visitantes asiduos del estadio, lo que restaba por oír en la radio eran los juegos de visitante del Medellín, la mayoría de las veces en la voz provinciana de Rodrigo Londoño Pasos. Un juego quedó particularmente grabado en mi memoria: un 2-2 frente a Millonarios en Bogotá, jugado un mediodía de sábado por motivos que ahora no recuerdo, y en el que los uruguayos Rafael Villazán y Yubert Lemos anotaron por el DIM; goles que, por lo excepcional de la programación sabatina, escuchamos narrados por la voz histérica de Luis Fernando Múnera Eatsman. Pero no solo nos convocaban los partidos: también los magazines futboleros nocturnos, cuyos debates, regularmente acalorados, nos parecían el colmo del atrevimiento periodístico, de modo que los escuchábamos con el delicioso sentimiento de estar degustando lo prohibido. Jamás olvidaré que en esa misma temporada del empate con Millonarios, en *Gente, Deporte y Punto*, Iván Mejía Álvarez pronosticó que Medellín sería el campeón. Se entenderá que, si a la fecha no odio a ese ríspido comentarista, no es solo porque deteste afiliarme a las causas populares. Dicho sea de paso —quizá haya quién no lo sepa— el campeón de 1986 fue América; no podía ser de otro modo.

Escuchar los partidos en la radio fue, para mi hermano y yo, una liturgia que se extendió hasta el siglo XXI, y si terminó fue solo porque yo salí de casa a principios de 2001, cuando, plenamente consciente de lo que hacía, decidí compartir mi vida con una hinchada del club de las franjas verdes. Como nos fuimos a vivir a Santa Lucía, al mismo tiempo que me enteraba de las gestas de mi equipo, podía escuchar —con todo el recelo del caso— los murmullos eufóricos



que venían desde el Atanasio Girardot y por los que Nancy, mi esposa, se interesaba particularmente. Sin la tutela de mi hermano fui haciéndome un energúmeno, y llegó el día en que quise tumbar las paredes a puñetazos cuando los goles rivales caían en el último minuto. Así sucedió cuando, en el cuadrangular final del primer semestre de 2004, Chichó nos derrotó 3-2 en la agonía del reloj. Por fortuna, en ese torneo —y sin que mediara ningún vaticinio— Medellín alcanzó el título tras derrotar a su eterno vecino de patio. Ya por entonces menudeaban las transmisiones televisivas, y como, además, las emisiones de Fox y ESPN nos habían civilizado con el arte de la narración mesurada y el comentario conciso, la transmisión radial —cuyos protagonistas eran, en buena parte, solistas cavernícolas— fue quedándose relegada, y casi se la olvidó cuando las cámaras de Une coparon toda la programación de la Dimayor. Por entonces, se me antojaba que mi suegro —conectado por *walkman* a los alaridos de Múnera Eatsman al mismo tiempo que veía los partidos de su equipo— era un anacronismo sobre dos pies o, por lo menos, un romántico empedernido, anclado a las emociones auditivas de los viejos tiempos.

Juan Manuel, mi hijo menor, llegó al mundo en la época del auge de los partidos por televisión. En el segun-

do semestre de 2009, cuando apenas ajustaba cuatro años, tuvo su primera rabietta frente a la pantalla chica al presenciar cómo el DIM —por entonces casi invencible— se doblegaba por tres goles ante Millonarios, en la fría Bogotá. Por lo visto, yo había hecho un excelente trabajo inconsciente como maestro iracundo frente a los malos resultados de nuestro equipo, al que por fortuna mi hijo se aficionó a pesar de los genes adversos que le venían por el linaje materno; genes que, con fatalidad, habían enquistado en el alma de Laura, nuestra primogénita. A la sazón, Juan Manuel tenía de la radio una idea harto particular: creía que la componían, apenas, las emisoras de rock latinoamericano, baladas y música para planchar que eran del gusto de Nancy y —confieso— mío. Solo muy tardíamente, por los días de su sexto cumpleaños, vino a descubrir que en la vieja grabadora de la biblioteca podía escucharse una simpática versión auditiva de los partidos que solía ver, de modo perfectamente sinestésico, en el televisor. Ocurrió el 14 de septiembre de 2011, cuando Medellín derrotó 4-1 al Real Cartagena en el Atanasio Girardot. Era necesario escuchar el partido por dos razones: nuestro equipo nos había espantado de las graderías después de un par de temporadas desastrosas, y, como el juego era en mitad de semana,

no había posibilidad de verlo por televisión. Me pareció que mi hijo encontró ingeniosa la ocurrencia radial, de la misma manera como, tras años de montar en taxi —prácticamente desde que surgió en el vientre de su madre—, disfrutó su primer paseo en un Circular Coonatra.

La radio volvió de repente a nuestras vidas cuando el monopolio de DirectTv y Win Sports nos impidió ver todos los partidos de la liga. Mi alma, a un mismo tiempo tradicionalista y adolescente, se rebeló contra las imposiciones del mercado de los medios; es decir, no solo sentía dolor ante la idea de cambiar de operador de cable, sino que veía como una afrenta el que se me obligara a hacerlo. Me pareció que, con tal de salvar mi dignidad —o, si se quiere, con tal de no tener que fatigarme firmando un nuevo contrato televisivo—, podía pagar el precio de no ver más partidos de la liga, y supe que no tendría ningún problema si apenas tomaba las migajas que, a mí y otros como yo, nos servía la *Futbolmanía* de RCN. Para todo lo demás estaba la radio, vibrante y rápida como ninguna otra cosa en el mundo. En todo caso, Juan Manuel —que solo ha aprendido de mí el modelo estoico y furibundo de mi afición por el equipo del pueblo— lo resolvió de otra manera, y muy pronto llegó a acuerdos con mi suegro para que lo llevara a ver los partidos del DIM en alguna de las tiendas del barrio que estaban dotadas con el exclusivo servicio. Para suerte de mi hijo, su abuelo acababa de jubilarse y necesitaba, desesperadamente, razones para salir de casa; en su entraña verdusca, poco le importaba que la coartada fuera un partido del Medellín; por supuesto, también pesaba aquello del amor rendido por los nietos.

No hace muchas semanas, sin embargo, las cosas volvieron mágicamente al principio de todo; quiero decir, a aquella noche remota del empate a dos goles con el Tolima. El nuevo diseño del torneo local, con veinte equipos y un *fixture* demencial, sembró muchos partidos en las noches tardías de mitad de semana, precisamente cuando, por sus obligaciones escolares, Juan Manuel no puede darse el lujo de escaparse con su abuelo a la tienda de la esquina; él es quien tiene ahora nueve años y quien —de manera más drástica que la mía— debe levantarse con los primeros gallos y alistarse para ir al colegio. El pasado 12 de febrero jugaron Tolima y Medellín en el estadio Manuel Murillo Toro de Ibagué, y como era de rigor encendimos la grabadora de la biblioteca, con la idea de escuchar el partido mientras comíamos en familia y, luego, mientras cada uno de los interesados hacía sus tareas: Juan Manuel, preparar la maleta y la lonchera, y yo esforzarme en concebir la reseña de un libro leído cuatro meses atrás. De esa manera, logramos compartir gustos y comentarios cuando Tolima se fue arriba con un gol vulgar de Dávinson Monsalve, y con razones redobladas cuando, en soberbia jugada, el argentino Hernán Hechalar sembró el empate. Sin embargo, poco después del minuto 65, mi hijo se coló en la biblioteca envuelto en su cobija, visiblemente somnoliento, pero aun así con el audífono de su mp4 clavado en las orejas. Pidió permiso para acabar de oír el partido en la cama, totalmente convencido —con razón— de que no le sería negado. Nos besó a Nancy a mí y desapareció.

Un cuarto de hora después, cuando yo había logrado, por fin, redondear el primer párrafo de la reseña, el árbitro sancionó un tiro libre a favor del Medellín, no lejos de la valla de los pijaos. El locutor anunció, con no poco aspaviento, que Vladimir Marín se aprontaba para el cobro y que, como un toro de lidia, zapateaba sobre la grama, y tanto insistió en ello —con el coro del comentarista principal y el vocero de los anuncios comerciales— que no me sorprendí particularmente cuando, un minuto después, el balón se coló en el arco de Joel Silva. Realmente me sobrecogió un segundo después del grito del locutor, cuando, desde el otro lado de la casa, llegó el alarido eufórico y destemplado de Juan Manuel. Fui hasta su cuarto para celebrar el gol con él, pero me detuve en la puerta apenas distinguí en la oscuridad lo que él hacía: tenía los ojos cerrados y sonreía de modo beatífico mientras apretaba, contra su corazón, el pequeño aparato radial. Ya que Tolima —a diferencia del Medellín de tres décadas atrás— no tuvo un Tigre Acevedo que nivelara el marcador, mi hijo tuvo la noche más feliz de su vida, arrullado por las voces y las ondas del triunfo. Ignoro a qué hora pudo conciliar el sueño; como quiera que sea, cuando fui a llamarlo en la madrugada me pareció que todavía sonreía. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

SEMÁFOROS

Nonbraba hace poco la maestra Beatriz González a dos clases de artistas: los que están ante un semáforo en rojo, y los que enfrentan uno en verde. El símil es claro: los primeros ya no avanzan, los segundos —como ella misma, piensa uno— siguen siempre hacia adelante. Muy discretamente aludí, entre los hombres del rojo, al gran maestro Fernando Botero. Y yo, que no soy crítico ni nada que se le parezca, adhiere humildemente a esa opinión.

Sobre todo si me acuerdo de esa época boteriana, que insurgió con su *Homenaje a Mantegna*, ganador en 1958 del Salón Nacional de Arte, en medio de los vituperios de académicos de todos los pelajes. A ese cuadro siguieron, más o menos a lo largo de una década, obras como *Los arzobispos muertos*, *Monalisa niña*, *Retrato de Ramón Hoyos*, *Homenaje a Sánchez Cotán*, etc., y varios bodegones, acuarelas y carbonillos espléndidos. Después pisó el acelerador, y empezó a pintar de otro modo; debió de gustarle lo que vio, porque aplicó el freno. Y siguió pintando cosas muy buenas, qué duda cabe, pero casi todas con un tuflido de poeta del reino, más allá del bien y del mal (por fortuna, en medio del camino de su vida encontró la escultura. Muchos creen que sus obras escultóricas son meras traducciones de sus gordas pintadas; craso error, creo: son ellas, solas, soberbias en sí mismas, y cargadas, como su primera pintura, de tradiciones milenarias y frescas. Ante ‘La Gorda’, hasta el Parque de Berrío es un ágora).

Otro que nunca frena es David Manzur, para mí, hoy, el mayor artista plástico de Colombia, y uno de los pocos, como el mismo Botero, que insisten en el lienzo y el caballete. Su trabajo siempre nos sorprende, siempre nos asombra y, si algo en él permanece invariable, es su prodigiosa técnica, no lejos tal vez de los maestros del barroco. Y barroca quizás es su pintura, rica de sombras y sugerencias y recados que nos tocan y nos inquietan. Él mismo lo explica, en una entrevista reciente: “Ese asombro lo produce algo a donde no llegan las palabras”.

Y luego, la pincelada final: “De eso se trata: de no repetirse, de no darle gusto a David Manzur...”.

CODA

Pensaba regalarle a la biblioteca de Eafit unos cuantos tomos de mi colección taurina. Desistí de la idea, al leer que su director, Héctor Abad, políticamente correcto, tilda a los taurinos de sanguinarios. Eafit se lo pierde. Podrían haber ido esos libros, incluso, a la zona infantil, pues no contienen escenas de sexo ni de violencia. No numero los títulos, por falta de espacio, pero aclaro que no aparece en ellos Hemingway, que no sabía de toros. O sí sabía, pero los miraba con ojos anglosajones, ciegos para ese mundo. En rigor, para saber de verdad de toros hay que haber nacido al lado de La Giralda. O llamarse uno Aranguito. ☺



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A Nº 43E-5 - 3º piso - 301
Tel. 2 66 10 01 - Cel. 311 219 54 33



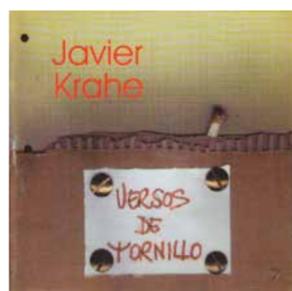
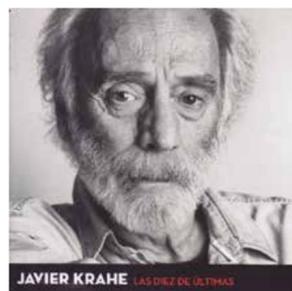
CIRUGÍA CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clínica SOMA • Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Entre nosotros se diría que se quedó cantando en la caseta. Juglares les dicen a esos guitarreros como a nuestras leyendas vallenatas. Javier Krahe prefirió la tarima a los escenarios. La entrada barata, la cerveza fría y las mayorías femeninas son su ley.



Javier Krahe viaja desde hace más de treinta años por la península ibérica, de club en club, junto a sus fieles pajaracos de fortuna. También lo acompañan en escena una copa y un purito. Su cuerpo baila en contrapunto con una voz tan dulce como ajada, la cual entona con el pudor del que siente miedo a equivocarse. Con su barba, su pelo, la convicción de su mirada y un gagueo que le otorga seguridad en el discurso, el trovador hipnotiza al público que lo escucha por primera vez.

Sus versos evidencian conocimiento del oficio, dedicación y la auténtica picardía de la lengua. Su lírica rezonga un eco de Góngora y del Siglo de Oro español. Krahe canta con libertad sobre la inmanencia del hombre y su desesperanza en las religiones (*El cromosoma*), así como se mofa de sí mismo y de la fe en la que fuera educado.

...San Cucufato, te enciendo este cirio devuélveme el amor, aquel viejo delirio. San Cucufato, los cojones te ato si no me lo devuelves no te los desato... (*San Cucufato*).

Sus canciones afrontan con humor temas sexuales como la masturbación y el tamaño del miembro viril (*Mi mano en pena; Burdo rumor...*); reconstruyen relatos épicos desde el caleidoscopio de su ética libertaria, cuya visión supera en matices a la de la ortodoxia feminista (*Como Ulises...*); o retoman con fresca ideas clásicas de la filosofía (*sed y más sed, es la cuestión/ en la taberna de Platón*), reflejando un vital estoicismo.

...Sacudir con corriente alterna reconozco que no está mal; la silla eléctrica es moderna americana, funcional... Pero dejadme, ¡ay!, que yo prefiera la hoguera, la hoguera, la hoguera... (*La hoguera*).

Krahe logra contar relatos sobre el amor bienaventurado con una hondura poética que es más fácil de hallar en composiciones sobre el abandono o la desdicha (*Nos ocupamos del mar; Contra el Alzheimer...*); en ellos habla de la infidelidad con una extraña picaresca en la que no existe el valor de la pareja como posesión, ni acaso el del sexo como exclusividad del esposo (*No todo va a ser follarse; Navalagamella...*), ridiculizando al machista que habita en nuestra conciencia (*¿Dónde se habrá metido esa mujer?; Vecindario...*).

Con setenta años, trece discos, un cancionero publicado por Visor y conciertos con salas llenas semana tras semana, es sorprendente que Javier Krahe no sea conocido en Colombia. Sorpresa fácil de explicar: el madrileño ha sabido irritar a los poderosos y a sus mamasantas. Y ya lo dijo el padre de los poetas: el cantor que se enfrenta al tirano está indefenso como el gorrion ante el ave de rapiña.

El 14 de febrero de 1986, en el teatro Salamanca de Madrid, Joaquín Sabina ofreció un concierto que sería retransmitido por TVE. Un recital memorable junto a varios de sus amigos, entre ellos Javier Krahe, uno de sus compañeros en la célebre *Mandrágora*. Felipe González había llegado al poder por el PSOE y la madre patria entraba de su mano a la OTAN. Esa noche el juglar fue censurado por la democracia: las cámaras de TVE se apagaron cuando, ataviado con un penacho de una sola pluma y un pito carnavalesco, saliera al escenario junto a Sabina para interpretar su *Cuervo ingenuo*. Felipe González reaccionó con soberbia: era intolerable que el gobierno socialista fuera ridiculizado en televisión pública por la bohemia de Madrid. TVE le propuso a Krahe que cantara dos canciones diferentes y eligiera una de ellas para su retransmisión. Pero él prefirió apelar a su derecho a hablar de temas de actualidad y cantó, desatando el júbilo de los madrileños que lo aplaudieron de pie (con excepción del alcalde):

...Tú, mucho partido pero ¿es socialista, es obrero o es español solamente?

La voluntad del juglar

por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

Pues tampoco cien por cien si americano también. Gringo ser muy absorbente. Hombre blanco hablar con lengua de serpiente...

Cuervo ingenuo no salió al aire y al cantante le fueron cancelados sus contratos en los ayuntamientos. Su canción *Marieta* (versión al castellano de un divertido tema de George Brassens) fue censurada como "no radiable". De acuerdo con su testimonio en el documental tipo *road movie* *Esta no es la vida privada de Javier Krahe*, el autor recibió anónimos durante los días previos a su actuación en el teatro Salamanca. Como explica Joaquín Sabina: "era hablar de la OTAN y de Cuervo ingenuo..."

No obstante, Krahe cuenta con seguidores que agotan las entradas de sus presentaciones días antes del evento, así como una agenda envidiable por cualquier músico. Se presenta con sus mosqueteros (Javier López de Guereña, guitarra; Fernando Anguita, contrabajo; Andreas Prittowitz, vientos) en un circuito de clubes con los que negocia el precio de las entradas, aunque deje de ganar dinero para el beneficio de su público. No está bien pedirle canciones: si te atreves a hacerlo quizás la suprima del repertorio, pues se trata de su concierto. "Yo quiero cantar en un sitio donde la entrada sea barata, se sirva cerveza fría y vayan más muchachas que muchachos", ha dicho a Buenafuente.

Su forma de trabajar también es inusual: da recitales constantemente y toma vacaciones durante el verano. De esta manera, mientras otros cantantes tienen sus días de mayor trajín, Krahe prepara mariscos y versos en su casa del Zahara de los atunes. El malasañero tiene un concepto del trabajo lejano al *ora et labora* de San Benito o al de la ética protestante: ni cantar ni escribir son para él una carga laboral, su vocación consiste en no sostener ningún yugo. Su último disco de 2014, llamado *Las diez de últimas*, fue vendido junto a una edición del libro de Paul Lafargue *El derecho a la pereza* (1880). "Es que no es verdad que el trabajo dignifique a la persona —afirma Krahe en el documental—. Vamos, no hay ningún mamífero al que se le ocurra trabajar más que para comer, pero si tiene la comida no hace nada, y nosotros somos mamíferos..."

Su humor no se menoscaba cuando reconoce el vértigo que siente al recordar que en veinte años no estará en escena pero que, finalmente: "con resfriado, la sed de inmortalidad ya apetece menos". Ejemplo de una personalidad insumisa que no ha dejado de generar controversias y persecuciones, como cuando un canal retransmitiera, sin su conocimiento, un pequeño corto en el que una mujer enseña a cocinar a un cristo al horno. Se trataba de uno de aquellos cortos que grabara 35 años antes junto a su amigo de colegio Enrique Seseña, llamados *Diez comentarios*. Javier salió venturoso de un promocionado litigio medieval por escarnio de las creencias religiosas, pero el documental *Esta no es la vida privada de Javier Krahe* sufrió la autocensura de la industria y no fue presentado en América Latina.

Con Seseña comparten la anécdota de haber causado el asombro de los trabajadores del Prado cuando, a sus nueve años, iban solos al Museo tras haber descubierto que el lunes la entrada era gratuita. Pero esta no es la historia del genio que descollara en su arte a edad temprana. Si bien comenzara en su juventud a escribir canciones para que su hermano las musicalizara y otros artistas las interpretaran, no contempló el dedicarse a cantar antes de intentar con la economía, el cine y la publicidad.

Fue durante sus años de estadía en Montreal que, inspirado en George Brassens y Leonard Cohen, Javier Krahe descubriera su vocación: no había algo mejor que escribir sus propias coplas, cantarlas en teatritos, que a la gente le gustaran y además le pagaran por ello. Suposé que sería difícil crear una obra como la de estos autores pero que, en el intento, podía hacer la suya propia. Entonces, con treinta años, encaró a su mujer: "Mira, Annick, me voy a hacer cantante...", y la convenció de que conseguiría su primera guitarra y a los cuarenta ya estaría cantando. Cinco años le bastaron para subirse al escenario.

Al Poncho Brundsttat, 2 de febrero de 2015

No todo va a ser follarse

Por Javier Krahe

También habrá que saltar a la pata coja, y habrá que coleccionar sellos de Nigeria, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse, y habrá también que apretar una tuerca floja y habrá que ir a trabajar, no todo va a ser follarse, por una miseria.

Y habrá también que llevar a arreglar el coche y habrá que quitarle el polvo a la biblioteca, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse, y habrá que cerrar el bar al morir la noche y habrá también que pagar, no todo va a ser follarse, lo de la hipoteca.

No todo va a ser follarse, ya follé el año pasado a la orillita del mar con una mujer sin par que después me dio de lado, lo recuerdo, algo tocado pero sin dramatizar, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse.

También habrá que llamar a la pobre Alicia, y habrá que modificar la ronda nocturna, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse, y habrá que desmenuzar la última noticia y habrá que depositar, no todo va a ser follarse, el voto en la urna.

Y habrá también que comprarse unos calcetines, también habrá que regar esos cuatro tiestos, no todo va a ser follarse,

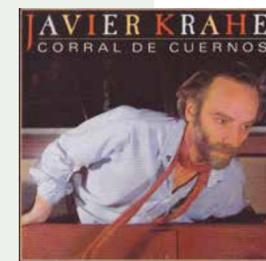
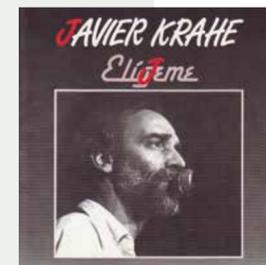
no todo va a ser follarse, y habrá que documentarse sobre los delfines y habrá también que firmar, no todo va a ser follarse, muchos manifiestos.

No todo va a ser follarse, ya follé el año pasado a la orillita del mar con una mujer sin par que después me dio de lado, lo recuerdo, trastornado pero sin exagerar, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse.

También habrá que invitar a una barbacoa, y habrá también que acercarse hasta el quinto pino, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse, y habrá que intentar cruzar Núñez de Balboa y habrá que ir a consultar, no todo va a ser follarse, a un buen otorrino.

También habrá que admirar a la mona Chita, y habrá también que jugar a pares o nones, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse, y habrá que resucitar por la mañanita y habrá también que cantar, no todo va a ser follarse, muchas más canciones.

No todo va a ser follarse, ya follé el año pasado a la orillita del mar con una mujer sin par que después me dio de lado, lo recuerdo, obsesionado pero sin llorar, no todo va a ser follarse, no todo va a ser follarse.



Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la Universidad CES,

muy humana

"Amaranta (...) creyó que la había picado un alacrán. -¿Dónde está! -preguntó alarmada. -¿Qué? -¡El animal! -aclaró Amaranta. Úrsula se puso un dedo en el corazón -Aquí-dijo".

Cien años de soledad

Pregrado en Medicina Veterinaria y Zootecnia
Código SNIES: 10923

Maestría en Medicina Veterinaria Equina
Código SNIES: 101690

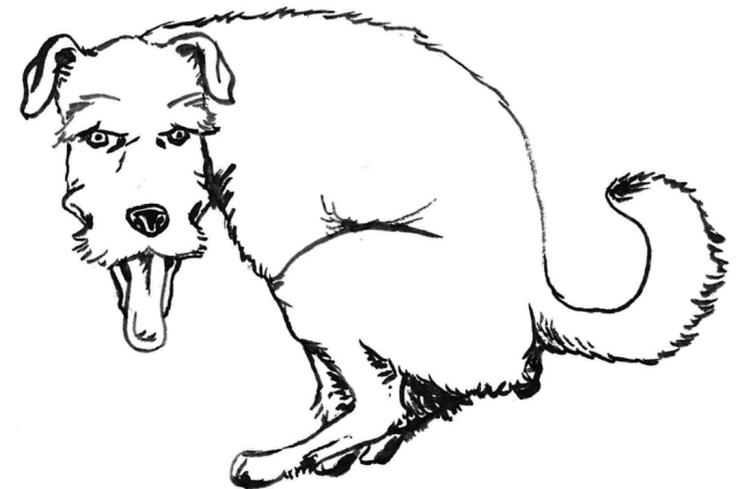
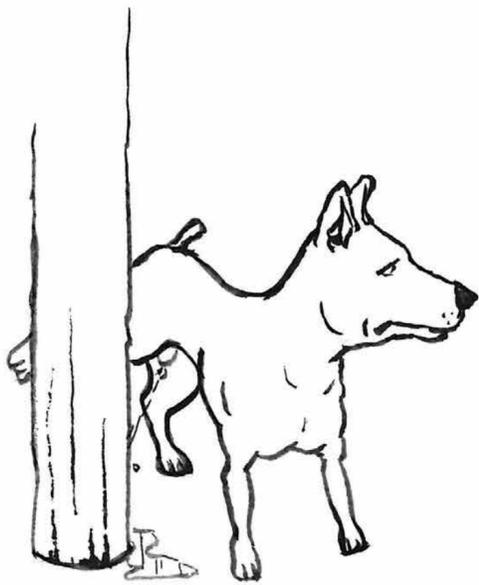
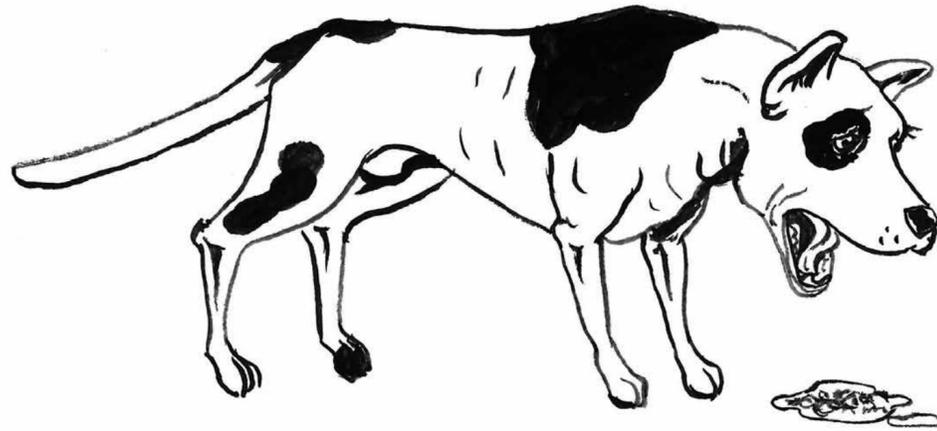
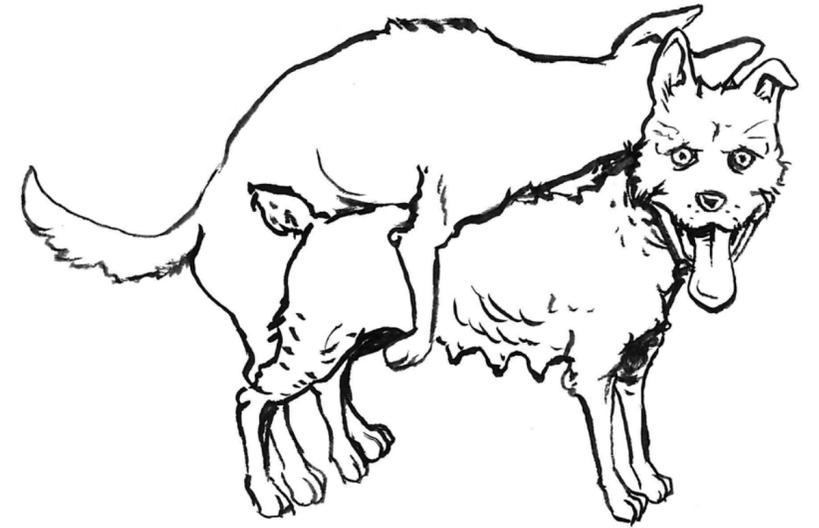
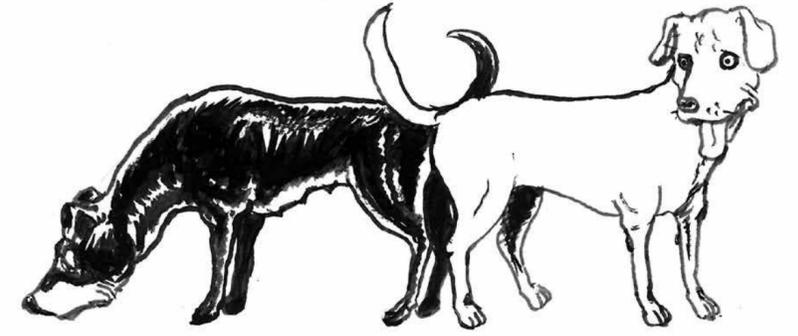
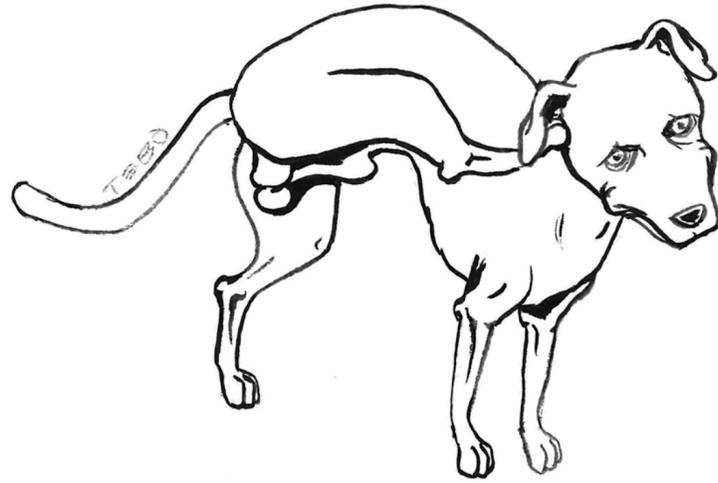
Maestría en Medicina Veterinaria de Pequeños Especies Animales
Código SNIES: 54128

Maestría en Salud y Producción Bovina
Código SNIES: 103253

www.ces.edu.co

444 05 55 - Ext 1237
Calle 10 A No. 22-04 El Poblado, Medellín - Colombia.

Un compromiso con la excelencia
Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007
Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia



Mi vida como sospechoso

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Cachorro

Fue a finales de los años ochenta cuando descubrí que tenía cara de sospechoso. Antes ni me había enterado. Una de dos: o siempre fui sospechoso y no me lo decían y desconfiaban de mí a mis espaldas (alguna vez le pregunté a mi madre: Mamá, decime sinceramente: ¿Yo te parezco sospechoso? y ella solo contestó con un movimiento lateral de la cabeza, sin ningún énfasis ni apoyo verbal), o fue precisamente en esa época de finales de los ochentas de la que les hablo, cuando eclosionó en mí, sorpresa e irremediablemente, esta extraña condición de presunto implicado, instaurando a mi alrededor un aura de suspicacia que no me abandona nunca. Soy el que siempre sacan de la fila para una requisita exhaustiva, el que arrastra tras de sí a los vigilantes en los supermercados, el único del grupo al que la autoridad le pide los documentos, a quien los de la aduana le revisan con jeringa la caja de aguariente, al que apuntan todos los indicios del jarrón quebrado, el terrorista que no lo sabe, el supuesto ladrón. El culpable *a priori*. A tal punto y desde hace tanto tiempo que he terminado identificándome con esa condición y a veces me sorprendo pidiendo disculpas a la gente por cosas que no hice e incluso por lo que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que podría hacer, pero que los demás están seguros que sería capaz de hacer, dada mi aura, supongo.

Esa vez de finales de los ochenta estaba en Bogotá con mi compañero de universidad William Rodríguez; nos acercábamos a las instalaciones del hoy inexistente periódico conservador La Prensa (en cuya desaparición, aclaro, no tuve nada que ver) para conocer cómo funcionaba un diario capitalino, y con base en esa información preparar una exposición para la clase de periodismo. Llevábamos nuestros morrales con las cámaras fotográficas y un estuche largo con el trípode, que yo cargaba en bandolera; nos dirigíamos contentos, casi con pasos saltarines, a la sede de semejante templo de la objetividad periodística, cuando un tipo de cachucha cruzó por nuestro camino con un radioteléfono pegado a la boca y dijo algo en clave mientras nos miraba. Seguimos caminando sin comprender y sin darle importancia cuando apareció un carro lleno de policías que se tiraron del vehículo como si estuvieran desembarcando en Normandía y nos gritaron: “¡Quietos!”, como si hubiéramos acabado de robar un banco. Dijeron que tiraríamos nuestras cosas al suelo y levantáramos las manos. Nos miraban con prevención y rabia (y en el fondo de sus ojos parpadeaba la satisfacción de haber materializado sus innumerables terrores abstractos en las figuras de dos pobres diablos concretos). Cuando comprobaron que a pesar de ser jóvenes, hablar paisa y llevar un estuche largo en bandolera no éramos dos de los sicarios que Pablo Escobar estaba mandando cada tanto a Bogotá para matar personas poderosas y hacer atentados, se tranquilizaron (y en el fondo de esa tranquilidad había como una decepción) y nos dejaron ir. El impacto fue tan fuerte que es la situación que más recuerdo en mi carrera como sospechoso. Fue en ese momento cuando me hice consciente de mi condición. Pero el asunto venía de antes.



Previo a mi viaje a Bogotá hubo una época en la que la policía hacía redadas en Medellín para levantar jóvenes. No era sino que usted fuera joven y caminara por la calle y ya era sospechoso. A unos amigos y a mí nos levantó la policía una vez y nos llevaron a una pesbrera que había pertenecido a los Ochoa. Esa noche el local que había servido para domar caballos estaba repleto de jóvenes y jóvenes y jóvenes, apiñados como bestias, detenidos por no tener más edad. Es que Pablo hizo la guerra a punta de jóvenes. Matándolos, mandándolos a matar y mandando a que se mataran entre ellos. ¿Cómo sería esto hoy en día si todos esos jóvenes no se hubieran muerto? (En el otro mundo debe haber un barrio que se llama Medellín sin tugurios... y sin jóvenes). En esa época el gobierno les tenía mucho miedo a los muchachos de Pablo y por ellos chupábamos todos. Todos éramos sospechosos. Y en realidad cualquiera de nosotros podría haber hecho lo peor o podría llegar a hacerlo. Todos éramos lo mismo por muy distintos que fuéramos. Varios amigos míos se volvieron sicarios o mafiosos. Yo también hubiera podido porque yo también era ellos. Pero la verdad fue que nunca me ofrecieron. Habría aceptado esa única oportunidad que teníamos los chicos de mi contexto para rasguñar un poco de autoestima y respeto y arrebatarle una pizca de sentido a una vida que no nos pertenecía. Pero creo que no me vieron cualidades. O sea que yo no fui mafioso fue por falta de oportunidades.

Años después, pasado el 2000, hubo una época en la que los policías de Envigado se enamoraron de mí. Iba, por ejemplo, caminando por una calle, absorto en mis audífonos, y un dedo en el hombro me hacía detener y dar vuelta para encontrarme con un policía que se disponía a pedirme papeles y requisarme; estaba sentado en el parque principal del pueblo, tranquilo en medio de la multitud, y aparecía una patrulla de la que se bajaban dos policías avanzando con determinación y firmeza hacia el lugar específico en que yo me encontraba, para pedirme papeles y requisarme; me estaba comiendo un helado y llegaría un agente a pedirme papeles y a requisarme; volvía a casa por la noche y aparecía un policía a pedirme papeles y a requisarme. Terminé acostumbrándome a las requisas hasta el punto de extrañarlas. Una noche iba caminando por esa acera larga que hay entre la estación Envigado y el Éxito y vi que una moto de la policía se detenía delante de mí, a unos cinco metros; mientras los agentes se bajaban llegué a su lado, levanté las manos y me dispuse a la rutina. Pero los policías no me determinaron. Esperé con las manos arriba para salir de una vez del asunto, pero voltearon y me miraron extrañados.

—¿Qué le pasa pelao? —me dijo el policía bajito y churrusco que venía manejando la moto.

—¿No me van a requisar?

—¿Usted fue que se engüevonó o qué?! ¡No ve que estamos haciendo un retén! ¡Muy gracioso maricón! ¡Te abris, te abris! —gritó el otro.

Me abrí. Caminé hasta mi casa sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, liviano, puro, inocente, fuera de sospecha. Esos policías iban a detener a otros sospechosos que andaban en carros y en motos y que no eran yo. Y me fui pensando que el enamoramiento de los policías no era exclusividad mía sino patrimonio de un sector de la sociedad representada por los ciudadanos que no tenían plata o poder o un patrón poderoso y que por alguna señal externa (la ropa, el aire descarriado, la falta de higiene, la carencia de rumbo fijo, los modos de barrio, los prejuicios del tomo), ameritaban sospecha. Cualquiera que tuviera cara de ser capaz de orinar en la calle o fumarse un baretto en un parque podría también ser un delincuente y era susceptible de ser detenido para que de pronto no lo fuera a hacer; “se lo llevaron por intento de sospecha”, decíamos nosotros. Así los policías podían gastar sus energías y el presupuesto de la Nación buscando sospechosos menores para poder dejar tranquilos a los verdaderos culpables de todo que eran los jefes de sus jefes, los dueños del pueblo y del departamento y del país, quienes jamás de los jamases llegarían a ser considerados como sospechosos porque eran ellos los que determinaban quiénes eran dignos de sospecha.

Y más atrás, mucho antes de los policías y de Pablo Escobar, la primera persona que me empezó a ver como sospechoso fui yo mismo; en los primeros años de primaria, en el colegio La Salle, por intermedio del hermano

Horacio. Él nos explicaba, enfática y redundantemente, que todos nacimos siendo pecadores porque Adán y Eva habían pecado y que por tanto de entrada ya veníamos a este mundo sucios, malintencionados, merecedores de desconfianza. Y su insistencia en el asunto era casi una conminación a cultivar como virtud ese ánimo achicopado del culpable, del perro apaleado, del sí señor agente, para que Dios y el rector del colegio y nuestros padres y el alcalde de Envigado y Pablo Escobar o cualquiera que tuviera el poder en ese momento nos quisiera más. O no nos matara.

Y si fuera aún más atrás en la historia de mi condición sospechosa tendría que ir a la historia de mi madre y a la de los padres de mi madre y esto se volvería una historia de Colombia que nos llevaría hasta los tiempos de la conquista. Lo cierto es que nunca me pude explicar por qué, si todos éramos culpables, solo había un sector de la población a quienes nos lo recordaban con tanto énfasis, hasta tatuarnoslo en el alma; y otro sector que parecía desconocer esa doctrina pero que de todas maneras la cultivaba para seguir tatuándose en el alma a los sospechosos de siempre.

Aunque de nada me ha servido intentar comprender esas cosas porque de todas maneras me siguen requisando en todas partes. Este artículo, por ejemplo, lo empecé a escribir en mi cabeza, mientras los agentes de inmigración en el aeropuerto se tomaban su tiempo para sacar y revisar concienzudamente, una a una, las cosas que contenía mi maleta (descubriendo prendas que no me acordaba haber empacado y hasta encontrando cosas que daba por perdidas, como unas medias de rombos que no había vuelto a ver). Sí, después de tanta historia, a estas alturas sigo siendo el que soy sin poder ser otra cosa: el de la fila de las requisas, el foco de la mirada oblicua de los celadores, el bocadillo del policía que justifica su día, el embotón que la gente de bien le puso a sus pavores sin nombre. Uno más de los millones de sospechosos que caminamos por las calles de las ciudades y que seguiremos siendo objeto del recelo hasta que se reconozcan los verdaderos culpables que todos conocemos. ☹

MUSEO D ANTIOQUIA

MDE15

ENCUENTRO
INTERNACIONAL
DE ARTE DE
MEDELLÍN

HISTORIAS LOCALES/
PRÁCTICAS GLOBALES

INAUGURACIÓN
NOVIEMBRE 2015

WWW.MUSEODEANTIOQUIA.CO

#MDE15

La cultura y el arte se tomaron Prado Centro

El 7 de marzo, la comunidad del barrio Prado Centro disfrutó de una jornada cultural con música, serenatas, poesías, pinturas, modas, proyecciones audiovisuales y un bazar artesanal.



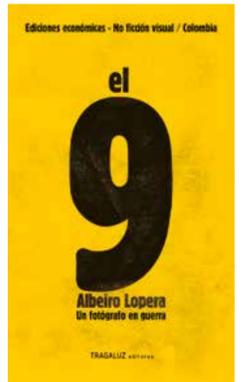
“Estamos promoviendo la toma cultural en el barrio Prado Centro, trabajando por la promoción y salvaguarda de nuestro patrimonio, con su arquitectura, su arborización y sus costumbres. Estamos volviendo casi que al pasado para **revivir y tomar conciencia del barrio como referente de ciudad**”, expresó Alejandro Molina, promotor cultural de la jornada.

Aquellas masacres en esa época te colmaban de coraje. Salías a los campos sin miedo o, quizás, ese miedo lo vestías de rock. Tal vez esa humildad te hacía invisible, porque nunca te pasó nada. A tu casa llegaron muchos corresponsales de guerra, periodistas y fotógrafos, quienes conocieron el zoológico de tu patio y el que llevabas en el corazón. Dejaste una historia con tus fotos y relatos.
José Miguel Gómez. Editor de fotografía de la agencia Reuters



11 DEL 9

ALBEIRO LOPERA HOYOS (1966-2015)



Primeros pogos / Archivo personal

Albeiro Lopera Hoyos se hizo reportero gráfico tarde y dejó de serlo muy pronto. Con pocos años en el oficio consiguió trabajar para una de las agencias de noticias más prestigiosas del mundo, y en algo más de una década registró una de las épocas más violentas de la historia de Medellín y de Antioquia. Se armaba con un chaleco de la agencia Reuters, un carné de prensa internacional colgado al cuello, un cinturón con varios lentes, y se aferraba a su cámara, el escudo que le permitió caminar entre escombros, muertos y disparos. En septiembre de 2007 recibió un trasplante de hígado, después de haber sufrido de una enfermedad hepática desde su juventud, y el 17 de febrero pasado, a los 48 años, murió en su apartamento en el barrio Pilarica.

Antes de convertirse en fotógrafo, Albeiro, más conocido como 'El 9' por su figura encorvada, fue un punkero emblemático salido del barrio Pérez de Bello, sobreviviente de la violencia de los años ochenta y de la delincuencia del narcotráfico.

—Yo tenía dos opciones: ser sicario o ser punk—decía.

En los años noventa, en el Parque del Periodista, donde iba a tomar alcohol y se encontraba con sus amigos punkeros, El 9 encontró un ambiente que lo acogió y lo estimuló para que se convirtiera en fotógrafo. Allí se enteró de la existencia de la Academia de Fotografía y Video ASFO, que quedaba a una cuadra del parque sobre la carrera Girardot, y allá se fue a estudiar. John Jaramillo y Gloria 'La Mona' Uribe le abrieron las puertas del bar El Guanábano, donde conoció a una generación de jóvenes intelectuales y artistas en

cuya compañía aprendería el oficio. Luego se convirtió en actor de cine, donde siempre hizo de bandido o de punkero. Tuvo papeles destacados en *Alexandra Pomaluna*, de Gloria Nancy Monsalve y en *Apocalipsis*, de Javier Mejía. A finales de la década del noventa dio el gran salto a Reuters y se especializó en el cubrimiento del conflicto armado.

La famosa frase de Robert Capa, legendario fotógrafo de guerra húngaro, "si tus fotos no son lo suficientemente buenas, es que no te has acercado lo suficiente", puede aplicarse a la vida de El 9 como una medida de la distancia que guardaba con sus fotografías. Siempre estaba íntimamente cerca, como si fotografiando el conflicto estuviera documentando su propia vida. Una mirada salida de sus entrañas, revelada con un hígado enfermo, y enmarcada por las cicatrices de su cabeza y de su corazón.

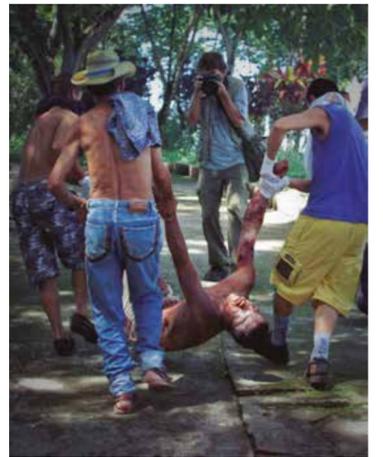
En 2011 inició su colaboración con esta casa, *Universo Centro*, primero como narrador de las muchas historias que le sucedían en tomas de pueblos, masacres y hostigamientos, como las escritas por Pascual Gaviria (*Revelando el rollo*, *Universo Centro*, abril de 2011) y Sergio

Valencia (*¡Soy prensa!*, *Universo Centro*, mayo de 2011); después como fotógrafo de crónicas y reportajes.

Esa capacidad suya de narrar, y de cautivar con su oficio y su figura, lo llevó a ser protagonista de documentales y a que Forrest Hylton, un historiador estadounidense a quien Albeiro le sirvió de guía en Medellín, lo convirtiera en uno de los personajes de su primera novela: *Vanishing acts. A tragedy*. Y con un guión del mismo Hylton, su amigo José Miguel Restrepo le dio un papel protagónico como fotógrafo en su película *El Escapista*. Hasta ese martes de febrero pasado, El 9 logró escapar a su destino terca y valientemente.

Aunque el reconocimiento a la importancia de su trabajo como parte de nuestra memoria histórica le llegó cuando por cuestiones de salud ya no podía ejercer su oficio, su legado queda en buenas manos. Ahora sus fotos hacen parte de la colección del Museo Casa de la Memoria y la editorial Tragaluz prepara un libro sobre su vida y su trabajo que será presentado este año. Con esta selección de sus fotografías le decimos que sigue con nosotros. ☹

Alfonso Buitrago Londoño, marzo de 2015



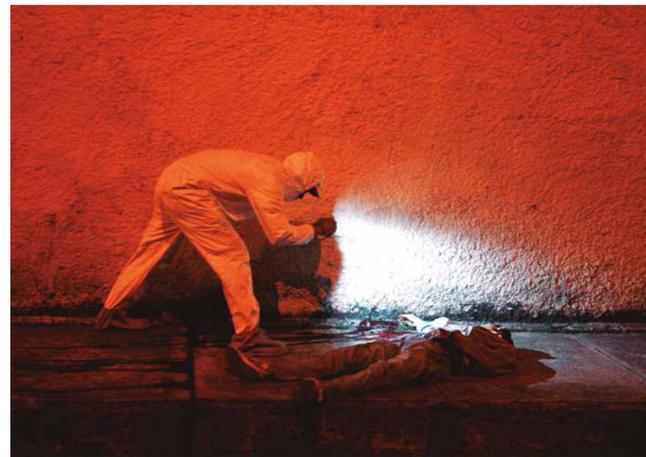
El 9 en masacre de Samaná, San Carlos, Antioquia / Foto Fredy Amariles



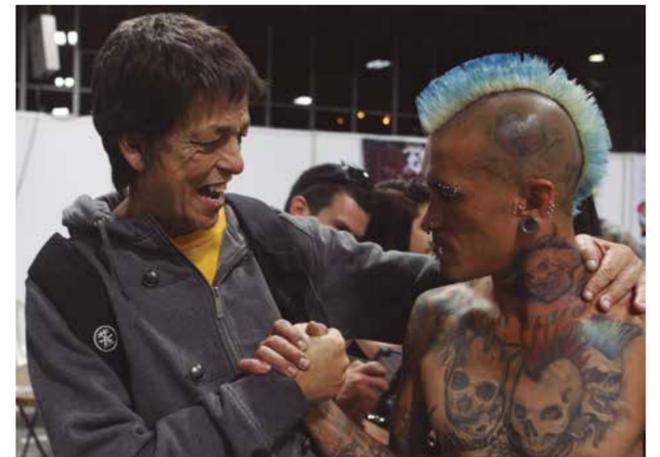
Barrio de Medellín/Reuters/Albeiro Lopera



Paramilitares en Urabá/Reuters/Albeiro Lopera



Levantamiento de cadáver, Comuna 13, Medellín/Reuters/Albeiro Lopera



Con los suyos / Archivo personal



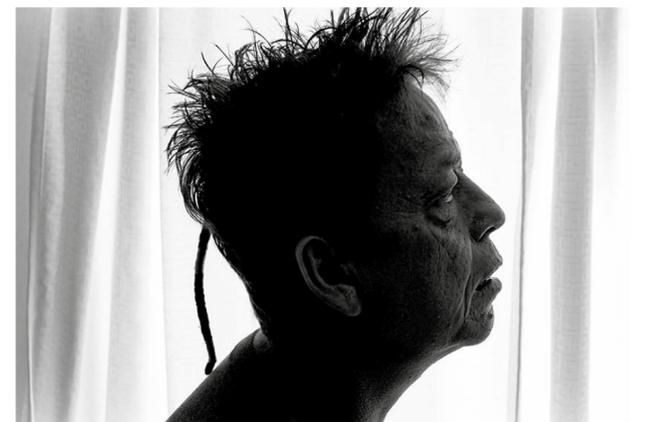
Paramilitares en las laderas de Medellín/Reuters/Albeiro Lopera



IV Brigada de Medellín, 48 mil cartuchos incautados/Museo Casa de la Memoria/Albeiro Lopera



Entrega de Elda Neyis Mosquera, alias "Karina"/Reuters/Albeiro Lopera



El 9 en el hospital, punk hasta el fin / Foto Luca Zanetti

1959. Todo empieza con la visita a una señorita convaleciente por los rezagos de una piedra en la vesícula. Su amiga aparece con una palidez envidiable. A un médico que andaba de visita le preocupa una posible anemia. Y comienza la gira de exámenes, cultivos, diagnósticos de claustrofobia y sospechas de enfermedades contagiosas que al fin ahuyentaron a los galenos. Todo termina sin muerto.

CARTA ABIERTA A LOS GALENOS

por ROCÍO VÉLEZ DE PIEDRAHÍTA

Fotografías tomadas de The Public Domain Review

Lamentaría que el lector tratara de identificar cualquiera de los médicos, consultorios o tratamientos de que trato a continuación. Aún cuando todas las anécdotas que relato están basadas en casos reales no corresponden en conjunto a ningún caso concreto y la semejanza con los que el lector conoce, es mera coincidencia. Pero no está por demás que los discípulos de Hipócrates sepan cómo los vemos los pacientes, cómo nos caen los remedios y qué opinamos los ignorantes sobre los prodigiosos adelantos de la medicina.

Al Honorable Cuerpo Médico de Medellín en el día de su primera sesión

Muy apreciados señores: Mi amiga Rosita está agonizando. Me dirijo a Uds. con el mayor respeto para exponerles su caso, y si por desgracia es demasiado tarde para salvarla, les suplico se sirvan tomar las medidas necesarias para que no vuelva a repetirse tan lamentable historia.

Durante treinta años había gozado Rosita de una salud admirable e ignoraba totalmente las relaciones que existen entre los médicos, las drogas, el presupesto y el cuerpo humano. Sus conocimientos y los míos sobre ese caso particular pueden resumirse así:

El cuerpo se compone de dos brazos, dos piernas, un tronco y una cabeza. Las dos últimas partes están llenas de piezas raras y muy delicadas.

Los órganos se dividen en pares y nones: si la enfermedad ataca uno de los órganos pares, extrae o apuntan la pieza dañada y la reponen con un vidrio, madera, platino, caucho, tripa de gato, etc., etc. Si el órgano afectado es de los nones, la persona debe empezar a preparar su alma para salir de este valle de lágrimas.

El conjunto lo sostienen los huesos; el cerebro lo mueve, el alma le da la vida. La sangre no sé para qué sirve.

Estando así las cosas, nos fuimos un día Rosita y yo a visitar a una amiga a quien le habían sacado una piedra de la vesícula. Nuestra visita coincidió con la de su médico, el Dr. Académico, hombre muy pausado y gentil que no concebía otro tema de conversación que el de las enfermedades y que no recordaba haber visto, ni aún en los mejores museos europeos, nada más bello e interesante que un tumor que había extirpado hacía cuatro años.

El Dr. Académico es especialista en anemias y observó inmediatamente la palidez de Rosita. Se la hizo notar a toda la concurrencia y acto seguido empezó a explicarnos detalladamente los síntomas, tratamientos y consecuencias de aquella enfermedad. No aseguró que si se descuidaba o se ignoraba podría traer males terribles y aún la muerte. Cuando salimos de allí Rosita estaba lívida y me dijo que se sentía un poco débil. De común acuerdo resolvimos hacer una cita con el Dr. para que le recetara algún jarabe y evitar una enfermedad.

El Dr. le dijo por el teléfono que era inútil presentarse al consultorio sin llevar un análisis de la sangre. Fuimos pues en ayunas a un laboratorio y le sacaron a Rosita un cubito de sangre que a simple vista nos pareció de muy buen color.

Dos días después nos presentamos al consultorio. La sala crujía de gente aparentemente sana y descubrí no sin asombro que el Dr. daba citas desde la ocho de la mañana y con intervalo de un cuarto de hora, a pesar de que llegaba diariamente al consultorio a las diez y tardaba lo menos media hora con cada cliente.

La pared de la sala de espera estaba cubierta de diplomas enormes en los cuales un sinnúmero de universidades en nombre de la república de Colombia y de otros países latinoamericanos aseguraba que el Dr. podía curar a mi amiga. Después de dos horas de espera nos recibió. Él sentía mucho tener que decirnos lo que nos iba a decir, pero era mejor enfrentarse a la verdad: un ser normal posee 5 millones de glóbulos rojos por milímetro cúbico y Rosita solamente tenía 2 millones. Tenía la hemoglobina bajita. La hemoglobina es (digámoslo de alguna manera) la tintura del glóbulo rojo; tenerla bajita indicaba que los glóbulos de Rosita ni siquiera tenían color. La anemia de Rosita era perniciososa, la peor de todas, y en grado tan agudo que el Dr. solamente por no alarmarnos no la comparaba con una leucemia pero... Además tenía la colesteraína alta. No entendí bien la larga y detallada explicación que sobre la colesteraína y sus mágicas funciones nos dio el Dr., pero saqué la conclusión de que tenerla alta dificultaba la circulación de la sangre, o mejor dicho predisponía la persona a la arterioesclerosis. Empecé para mis adentros a preguntarme ¿qué sería ese líquido rojo oscuro que le había sacado a Rosita en el laboratorio? porque al parecer, sangre no era.

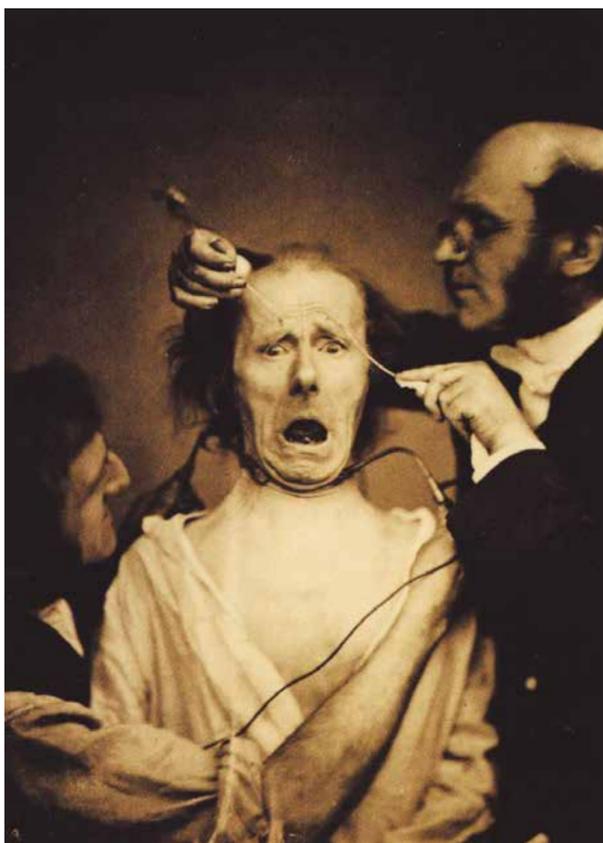
—Como el tratamiento es muy lento y delicado, quisiera hacerle una historia completa para no correr el riesgo de recetarle una droga inadecuada a su organismo. Veamos: ¿De qué murieron sus abuelos? ¿Su nacimiento fue normal? ¿Sabe Ud. si a su señora madre le pusieron pentotal durante su nacimiento? ¿Algún miembro de su familia padece de lepra o ataques epilépticos? ¿Toma Ud. limón? ¿Cuántos al día? ¿De qué tamaño?...

Rosita empezó a malhumorarse y siguió contestando sin saber qué decía a las preguntas más absurdas. Por fin, le recetó un jarabe para los bronquios, una pomada para las piernas y unas inyecciones intravenosas. Le dijo además que fuera donde el Dr. Barriga, especialista de la digestión.

Creyendo que la había confundido con otra persona Rosita preguntó:

—Doctor ¿y la anemia?

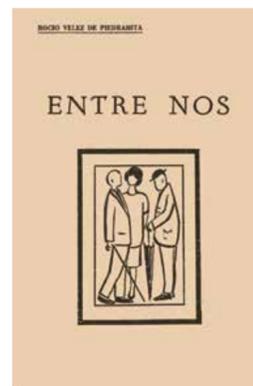
—Precisamente mi señorita. Estoy preparando el organismo para que pueda resistir el tratamiento. Como la medicina ha adelantado tanto, esta enfermedad que antes demoraría meses en curarse, hoy se acaba en tres días mediante esta droga, pero como es muy



fuerte hay que preparar el organismo, pues de lo contrario la persona quedaría paralizada o loca. No creo que su aparato digestivo esté en condiciones de recibir este medicamento y por eso quiero que la vea el Dr. Barriga, pero esté Ud. tranquila que es muy amigo mío, gran especialista y en un momento le pondrá al día su estómago.

El Dr. Barriga (también por teléfono) le dijo a Rosita que era inútil presentarse sin los análisis y cultivos del caso, con lo cual mi amiga tomó la primera purga de una larga serie que debía seguir.

Su consultorio era de tipo dramático: Había un cuadro enorme que representaba a la muerte jalando por los pies a una mujer que se agarraba desesperada al cinturón del médico. Este, con un sol detrás de la cabeza, barba imponente y además majestuoso, aparta con una mano a la muerte y con la otra sostiene a la mujer. No sé si los médicos poseedores de copias de esta dramática ilustración habrán observado que la dama en cuestión (si se olvida su trágico ademán) lejos de estar enferma o débil, parece la personificación misma de la salud y la belleza. Debajo de este cuadro había un óleo pequeño que representaba a una mujer frente al espejo. El mérito del artista consiste en que visto de lejos, el conjunto representa una horrible calavera. En la pared de enfrente una copia de la operación de una mujer por Rembrandt y en el suelo dos escupideras loceadas. El conjunto cubierto de una espesa capa de mugre de color grasoso, y en la puerta una cosa que parecía una mancha de sangre. El dueño de este lúgubre lugar era un hombre jovial, alegre y conversador, que empezó por ofrecernos tinto y cigarrillo; después de hablar media hora sobre política, libros y películas sin tener en cuenta que en la sala de espera había diez personas, le dijo a Rosita:



Entre Nos. Rocío Vélez de Piedrahíta. Editorial Bedout, 1959. Valor del ejemplar \$7.50

—Pues mi señorita, su situación es bastante fregada. Así superficialmente puedo decirle que tiene abundantes colonias de chiguelas, salmonelas, amibas, y tricocéfalos. Me da la impresión de que Ud. no digiere las farináceas y nada bueno le digo sobre su páncreas...

—¿Mi qué?

—El páncreas normalmente ataca las amibas, al pasar estas sustancias por ahí; el suyo no: las deja pasar. Yo voy a hacerle un tratamiento conjunto del estómago y el páncreas para que le resulte menos largo y molesto. Eso sí, me gustaría que antes fuera donde el Dr. Noch para un chequeo del corazón. Yo soy muy cuidadoso con el corazón y no me gusta correr riesgos. Ud. sabe que las drogas que matan los parásitos son muy eficaces, pero algunas veces el corazón nos las resiste. Voy a llamar ya mismo al doctor para que la reciba inmediatamente. Mientras él da su diagnóstico, vaya empezando a tomarse estas píldoras de terramicina. Probablemente los primeros días se va a sentir un poco mareada pero no se preocupe que es normal. Más adelante puede que le den escalofríos y un desaliento terrible. No vacile en acostarse y sobre todo no se preocupe.

El Dr. Noch tenía en la puerta un letrero que decía: "Entre sin tocar", tal vez para que no molestaran a la señorita que estaba haciendo crochet. Me desconcertó ver las paredes decoradas con tres óleos tan absolutamente obscenos y tendenciosos que por un momento creí que nos habíamos equivocado de puerta. La señorita me aseguró que ese era el consultorio de Noch y que ella era la que preparaba para el radiocardiograma. Dejó el tejido con un suspiro y después de acostar a Rosita en una tarima, empezó a ponerle parchecitos húmedos en las piernas y en los brazos. Me asusté un poco cuando la vi conectando alambres eléctricos a una cajita negra por una punta y por la otra a los parchecitos que tenía encima mi amiga. Pero mi miedo se volvió terror cuando le dijo:

—No se mueva porque eso hay veces que hace chispa. Además yo solamente hace ocho días que estoy aquí y no sé manejar bien el aparato.

Dichas estas palabras nos dejó solas y encerradas. Rosita se puso a temblar de miedo; se cubrió de un sudor frío y empezó por primera vez en su vida a sentir las palpitaciones del corazón. Yo no me atrevía a tocar nada y me asomé a la puerta para ver si pasaba alguno para pedir socorro. Cuando ya habíamos perdido las esperanzas de que viniera alguien y yo creía que de un momento a otro Rosita se iba a electrocutar, entró un doctor, gordo, viejo, impecable y perfumado que sin mirarnos siquiera se sentó frente a la máquina y empezó a moverle tuercas y botoncitos,

con lo cual el aparato empezó a chirriar y se le prendían y apagaban lucecitas de colores. Yo me atreví a preguntar si aquello no era peligroso; sin mirarme y en el tono más burlón dijo:

—Mi señorita, esta máquina es lo más perfecto que existe hoy en día. Me llegó hace una semana y me costó 30.000.00 pesos.

No pude menos de pensar con cuánto tendría que colaborar Rosita para acabar de pagar el aparato. Rosita, que ya estaba descontrolada, no oyó la explicación y siguió temblando de miedo. La máquina empezó de pronto a arrojar un papel lleno de rayitas en las cuales leía el médico la terrible tensión en se encontraba la infeliz. Con voz despreciativa y además protector dijo por fin:

—Propiamente no tiene Ud. ninguna enfermedad, su caso no merece interés y puede hacerse el tratamiento del Dr. Barriga. Sin embargo creo de mi obligación decirle que su pulsación no es normal (claro que no), me parece su metabolismo alto y su presión bajita. Yo no me ocupo de estos casos de segundo orden, pero le aconsejaría que se tomara estas cositas que voy a prescribirle, que no monte en avión, que suba muy lentamente las escalas y que procure no quedar embarazada durante los próximos dos años.

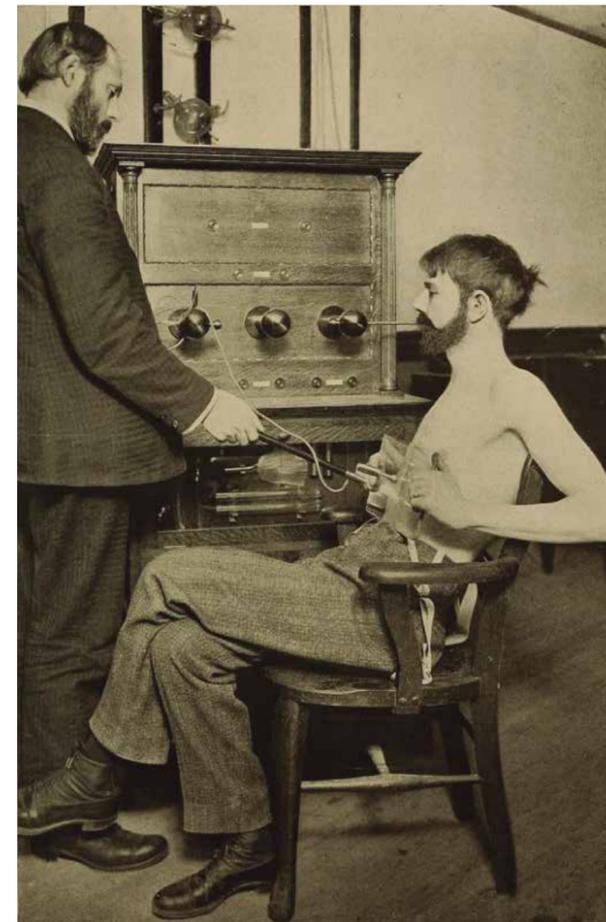
Escribió unos garabatos, dejó el papel junto a mí y salió. Entonces Rosita se puso a llorar a los gritos. El doctor regresó, la miro con curiosidad y le dijo:

—Tenga la bondad de seguirme.

Tenía un socio psicoanalista que trabajaba en el mismo local. Nos introdujo y le dijo en voz baja a su compañero: "Histerotraumatismo, claustrofobia, alucinaciones, delirio de persecución, melancolía". Nuestro asombro fue tal que yo me quedé sin hablar y Rosita dejó de llorar.

El Dr. Buenaventura estuvo muy amable. Trató a Rosita como a una niña de cinco años. Le preguntó con gran interés y en la forma más concienzuda si prefería el color azul o el rojo. Si dormía mejor sobre el lado derecho o sobre el izquierdo. Si recordaba haber pasado en su infancia una noche a la intemperie. Si su papá quería a su mamá; si sus padres la querían a ella, si ella quería a sus padres y si la vista de un objeto puntado le producía ganas de llorar. A todo lo que Rosita contestaba, sonreía diciendo: "claro, claro, muy natural, eso lo explica todo..."

Por último dio el diagnóstico; Rosita tenía una idea equivocada sobre la relación que había entre ella y el cosmos. Le dio explicaciones sobre la configuración delicadísima del cerebro, sus increíbles reacciones, su exquisita sensibilidad. Le recetó unos ejercicios después de las comidas, y le ordenó un encefalograma para poder iniciar el



tratamiento. Le recomendó sobre todo mucha calma y que no se alarmara por los resultados del encefalograma: cualquier cosita que ella tuviera en el cerebro, ahí estaba él para curarla.

Los médicos iniciaron entusiasmados sus tratamientos conjuntos. Para subir la hemoglobina, gotas antes de almuerzo y comida. Para bajar la colesteraína, píldoras después del desayuno y el "algo". Para el páncreas, inyecciones interdiarias; para digerir las farináceas, cápsulas entre comidas. Para subir la presión una cucharada cada 6 horas durante una semana sin interrumpir durante la noche. Para evitar cualquier infección algo así como doscientos mil millones de unidades de penicilina intramuscular. Otros en la nevera. Otros en un lugar seco y tibio. Este debía agitarse antes de usarse, aquel tenía gotero especial y otro había que protegerlo de la luz.

Claro está empezamos a equivocarnos. El de cada tres horas se pasó para sobre las comidas. Una inyección intravenosa se la puse en la cadera, el remedio del lugar seco fue a parar a la nevera y un frasquito que tenía un caldito gris estalló porque lo rebullimos antes de tomárselo. Una cajita italiana en que Rosita guardaba la camándula, quedó destinada a cargar las píldoras que tenía que tomarse en cine, en la peluquería, en misa, etc., etc.

De repente la vida y las personas cambiaron totalmente para nosotros. Ya no nos interesaba en el prójimo sino deducir por su aspecto lo que tenía y si era posible, recetarle. Por la calle nos íbamos analizando a los transeúntes: a los pálidos, anemia; a los que corrían, angustia; a los niños que lloraban, melan-

colía; a uno que llevaba la mano en la cintura, parásitos... A la lavapisos le recetamos terramicina y al niño de la portera que tenía un encono le regalamos 400.000 unidades de penicilina. Entonces empezó a flaquearnos el bolsillo. Los doctores recetaban sin saber qué precio tenían las drogas y sin el menor interés en que a Rosita le resultara mayor o menor el costo del tratamiento. Al mes de iniciado este, había adelgazado ocho kilos, le daban vértigos, palpitaciones y lloraderas. Periódicamente le ordenaban nuevos exámenes para ver si ya el organismo estaba respondiendo...

Una noche al levantarse por tercera vez a sacar frascos de la nevera la agarró una gripe. El Dr. muy prudentemente y temiendo una neumonía llamó al especialista de los pulmones. Con este médico se inició el periodo de curiosidad de sus observadores: radiografías todas iguales, llenas de nubes que puede ser un tumor canceroso o una medalla que olvidó quitarse. Este le sondea el riñón, el otro la nariz, el de más allá el esófago. Alguno le notó una nube en un ojo y poco después no veía sin lentes.

Uno le recomendó que tuviera sin falta ninguna un niño y le aseguró que con esto su organismo se renovaría por completo; otro le sacó las cordales. Le quitaron la almohada, el baño frío y la noche. Le suprimieron las pomadas de belleza, el huevo, el pescado, los mariscos, las sopas y dulces de color verde.

Yo le propuse que les echáramos achote para que no se muriera de hambre pues ya le había prohibido las farináceas y las albúminas y resultó que casi todos los alimentos son o lo uno o lo otro. Los síntomas eran contradictorios, los tratamientos opuestos. Los médicos o se

despreciaban, o se detestaban o se amargaban. Cuando nos empezaron a pasar las cuentas los especialistas y los laboratorios, a Rosita se le bajó la presión a seis y se le murieron todos los tricocéfalos.

Y entonces se fue acabando Rosita hasta que un buen día no pudo levantarse. Para colmo de males, un médico que la visitó, se lavó las manos tan espectacularmente porque había tocado el teléfono que se regó por Medellín la noticia de que la enfermedad de mi amiga era contagiosa y nadie volvió a visitarnos.

A través de mi larga peregrinación con Rosita por los consultorios llegué a las siguientes conclusiones:

1- Muchos médicos creen ingenuamente que su misión es luchar contra las enfermedades y la muerte. A mí desde chiquita me contaron una escena que hubo en el paraíso en la cual Dios Nuestro Señor dejó muy en claro que nunca nos veríamos libres ni de las unas, ni de la otra. Esta aclaración que ya nadie pone en duda, reduce la labor del médico a amortiguar los sufrimientos inevitables y hacer menos cruel una muerte que es segura.

Es asombroso que en el momento en el cual más se ponderan los adelantos revolucionarios de la psicología algunos médicos la emplean cada vez menos: el diagnóstico se da con frialdad e indiferencia cuando no con crueldad, sin tener en cuenta la sensibilidad del paciente, su edad o su estado.

2- Los médicos creen que toda persona que permanentemente no está en perfectas condiciones, está enferma y debe ser tratada. Nadie pretendería encontrar un árbol sin una sola hoja seca, una corteza suelta o una flor marchita.

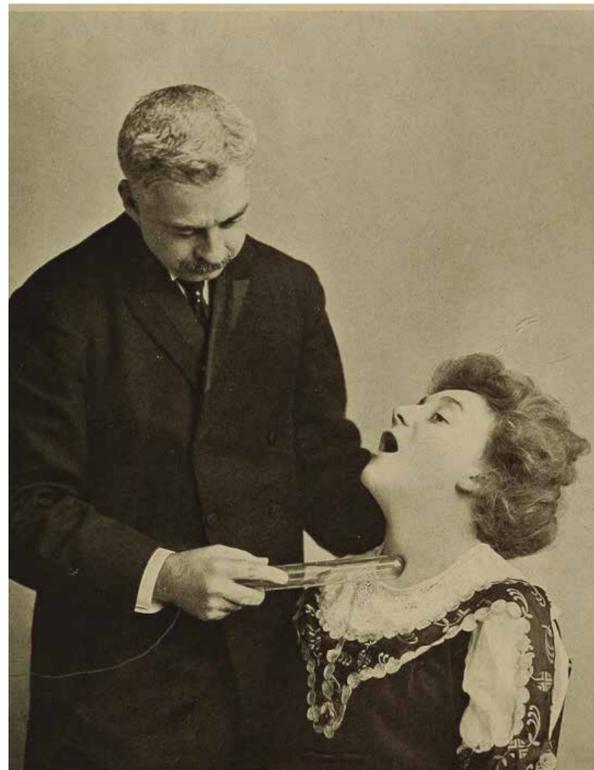
¿Por qué exigirle eso a un organismo más perfecto y más complejo?

3- Por último y más importante, descubrí que los médicos, con raras excepciones, no tienen en cuenta al hacer sus prescripciones el problema económico del paciente. Quisiera hacerles notar que después del alquiler y los colegios, la botica es el renglón que más terriblemente altera los presupuestos familiares, aún en hogares en los cuales nadie está gravemente enfermo.

Algunos de los médicos me han asegurado que la droga barata nos gusta y que el médico que no receta varias cosas deja descontento al paciente. Esto no hace sino indicar que el problema tiene que ser atacado en forma conjunta y permanente por todos los médicos para que puedan obtener resultados positivos.

Imaginémonos lo que se abrazaría la vida, si los médicos recetaran únicamente los remedios que son indispensables y que no pueden ser reemplazados con ningún alimento. Según las demostraciones de resistencia que dio Ghandi alimentándose exclusivamente con limones por largos períodos, cabe suponer que cualquier limón seco posee más vitaminas que un costoso tubo de píldoras.

Como muchos son los médicos a quienes he oído preocuparse con estos problemas, les quedaríamos todos muy agradecidos si en las reuniones que inician hoy pudieran dedicarles algunas horas. Y yo, personalmente al médico que quiera venir a ver a mi amiga Rosita porque la veo muy mal y puede que aún sea tiempo de devolverle su antigua palidez que le valía no pocos admiradores y con la cual vivía muy a gusto. UC



Mamá, ¡soy marihuanero, pero no soy criminal!

por GUSTAVO CARVAJAL

Ilustración: Hernán Franco Higueta



Crónica verde

Lo que ves por la ventana, un pariente cercano, la tienda de la esquina, el parcero de la cuadra... Las historias están en todas partes y en Universo Centro queremos ayudarte a contarlas.

Taller de relatos Un universo de historias

Si tienes entre 14 y 18 años inscríbete en cualquiera de estos lugares: Parques Biblioteca Guayabal y Doce de octubre, Biblioteca Pública Santa Cruz y una sede por definir en El Poblado. Inscripciones gratuitas, cupos limitados. Los mejores relatos serán publicados en una separata especial editada por el periódico Universo Centro.



En su luminoso ensayo titulado *Self Reliance* (*Confianza en sí mismo*), Ralph Waldo Emerson tiene una frase sencilla y maravillosa que me resuena con fuerza en la conciencia desde que la leí, sobre todo cuando me cruzo con uno de los grandes y frecuentes dilemas de la moral. Dice el sabio: "Es más lindo decir la verdad que fingir el amor".

Espoleado por la inspiración de Emerson pero también inspirado por una marihuana hidropónica fantástica, hoy me siento capaz de exclamar con convicción y a todo pulmón una frase que hasta ahora me había producido escalofríos: "Mamá, ¡soy marihuanero, pero no soy criminal!". ¿Y por qué confésartelo ahora después de quince años? Porque es más lindo decir la verdad que fingir el amor. Y porque no es justo que una persona honrada viva en el clóset.

Desde ya mi conciencia me anuncia que este arrebato me costará caro y que la culpa repretará por mis huesos durante muchas semanas, pero es necesario aclarar nuestras cuentas. Y así como te amo mamá adorada, también amo la benévola planta del cannabis. Un amor como el que siente un poeta por un río, una montaña, un turpial.

Quiero reiterar además que escribo estas líneas bien trabado, como decimos en Colombia, con una deliciosa marihuana hidropónica. Esto lo digo para que juzgue quien lea si los efectos estupefacientes de la susodicha yerba han entorpecido mis facultades lógicas o me han nublado el entendimiento. Pues nunca me he sentido tan lúcido como cuando digo: la verdadera ignominia no está en fumar

la bendita e inofensiva planta sino en condenarla. Pero eso sí, el pecado mortal está en prohibirla.

Madre, no sé si sabes que a Giordano Bruno lo quemaron por afirmar que el espacio era millones de veces más grande de lo que pensaban los escolásticos, y que cada estrella en el firmamento era un sol como el nuestro alrededor del cual giraban planetas como el nuestro. El único parecido entre Bruno y yo, claro está, es que ninguno de los dos tiene los elementos para probar científicamente su hipótesis, solo la intuición. Esto para decirte que no son argumentos científicos los que vengo a esgrimir sino filosóficos; y para exhortar a otros que tengan la misma intuición que yo a salir del clóset.

Mira, es que si hoy en día no podemos menos que aplaudir a los valientes homosexuales que luchan contra la discriminación y que so pena de múltiples ultrajes expresan su verdadera sexualidad con orgullo, también estamos obligados a reconocer que existe una prisión tan sofocante e infame como aquella: la del marihuanero obligado a sentir vergüenza y a pedir perdón por un hábito tan saludable, inofensivo y deleitoso como la masturbación mutua o la sodomía consentida. Dios mío pero ¿cuándo entenderán las personas que fumarse un porro no es más peligroso que tomarse un tinto? Porque amigos, madre, lector; si es verdad que es más bello decir la verdad que fingir el amor, es necesario admitir públicamente lo que todos sabemos en el corazón: la marihuana es una planta noble, benéfica y amiga de la humanidad.

Basta de hipocresías. Basta de confundir las causas con las consecuencias.

Aquellos que se obcecaban en afirmar que la marihuana afecta mortalmente la salud, o que incita al crimen y la pobreza, son como esos filisteos que luego de mirar a través del telescopio de Galileo aún se atrevían a decir que los cráteres que veían estaban pintados en el telescopio y no en la Luna. Mamá, tu no me educaste para filisteo y me enseñaste que el dogmatismo era enemigo de la tolerancia. ¿Cómo puede ser mala la marihuana si excita la imaginación y propicia una feliz molición llena de buen humor y amor por las palabras y la música?

Debemos dejar de promover el cuento de que la marihuana es adictiva, porque en todo caso si lo es, no puede serlo más que el alcohol, el tabaco o la comida. Tengo amigos que fuman baretta y otros que no. Entre los que fuman hay algunos más proclives a la adicción que otros. Algunos no pueden vivir sin ella y a otros no les interesa un comino si la tienen o no, igual que con el alcohol o el café. Así será que las generaciones del futuro se referirán a la marihuana como hoy nos referimos a la cebolla, algunos no se la tragan, y otros no pueden concebir un almuerzo sin ella.

Claro está, dirán algunos, lo que ocurre con el aficionado a la marihuana es que se distrae de las preocupaciones del trabajo, se dedica a incubar sueños artísticos, y se queda dormido los domingos en lugar de ir a misa y, por lo tanto, se convierte en un lastre para la sociedad, en un subversivo y un impío, un mal hijo y una desilusión para el corazón materno. ¡Pero estense tranquilos hombres de pro y prohombres del mundo; madres consternadas de la tierra; no es la marihuana quien va a socavar los cimientos

del sistema que tanto adoráis! Así como tampoco la "proliferación" de los homosexuales va a disminuir la población mundial o destruir la familia: hijos bastardos y aburridos matrimonios existirán hasta el fin de los tiempos. De igual modo el deseo por la marihuana sigue siendo el mismo a pesar de que las represalias y los castigos aumenten, el progreso no se detiene. Y maricas habrá mientras haya hombres.

A la luz de estos pensamientos y la inspiración cannábica digo a quien pueda escucharme: es hora de corrompernos por nuestro propio bien y por el bien de las libertades fundamentales. Porque mamá créeme que son muchos los marihuaneros vergonzantes que anhelan, como yo, liberarse de los insensatos prejuicios. Así como hace rato es hora de permitir que los homosexuales contraigan matrimonio si así lo quieren, es imperioso aceptar públicamente la marihuana como medicina y como divertimento.

El primer paso, el ineludible, es salir del clóset. Hay que llamar a la madre que uno adora y confesarle este amor prohibido que arde en el corazón de su hijo predilecto. No hay de otra. Entiendo que tantas décadas de vejación y pesadumbre, tantos epítetos denigrantes, tantos encuentros en callejones oscuros con otros marihuaneros, calan hondo en la conciencia. Pero también sé que no existe placer más grande que desahogarse. Porque ¿no sería lindo poder decir, al menos una vez en la vida, después del almuerzo y sin rubor: "con su permiso me retiro al patio a fumar un porrito antes de la siesta"? ¿No es una frase llena de música?, ¿no te escuchas cantando esa melodía tú también? UC

Inscripciones y más información:

Manuel Mejía Vallejo - Guayabal
Gregorio Herrera
lectura.guayabal@bibliotecasmedellin.gov.co
301 468 0333

Doce de Octubre
Carolina Berrio
lectura.docedeoctubre@bibliotecasmedellin.gov.co
301 335 4748

Biblioteca Santa Cruz
Álvaro Ruiz
lectura.santacruz@bibliotecasmedellin.gov.co
314 747 9250

Universo Centro: contacto@universocentro.com
Plan de lectura: fomentolectura@bibliotecasmedellin.gov.co
www.universocentro.com





Refutación y promesas del mango

por CARLOS SÁNCHEZ OCAMPO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

“Lo más triste que tienen los pueblos son los usos y costumbres”. Grafiti leído en La Paz, Bolivia, año 2012. La Paz es la capital suramericana donde las culturas ancestrales tienen más presencia y vitalidad. Si solo vas a estar cinco minutos allí, sería muy extraño que no encontraras una cholita, muy digna y ataviada a la usanza de sus ancestros: ancha pollera, sombrero bombín apenas puesto sobre la cabeza y aguayo a la espalda. Puede ser que busque un feto de llama para hacer pagamento a sus cultivos o voladores para espantar las nubes y el granizo.

Ahora es enero de 2015, es verano en Paraguay y de camino por las calles de Asunción veo algo que termina en aquella frase de usos y costumbres: miles y miles de mangos amarillos, rosa, rojo succulento están ofrecidos en los miles de árboles de este fruto que hay en la ciudad. Nadie trepa un árbol para agarrar uno, ellos mismos están soltándose, tirándose, bajando de las ramas para que la gente los coma de buena gana. Mangos que redimen en su dulzor inimitable toda esa confusión de aire que depara la ciudad. Miles de mangos con todas sus potencias disponibles cayendo sobre techos y patios de casas y escuelas, sobre aceras y paraderos de autobuses, sobre carros y calles. En cada mango, regalada, una suma de ingredientes y beneficios que la naturaleza consideró indispensables y que los hombres, por más sabiduría o mal genio que alcancen, jamás podrán objetar.

Caminar por Asunción en el momento de esta celebración *mangufera*, que sucede entre diciembre y enero, y ver en las calles el resultado de ese ofrecimiento, me devolvió a aquel grafiti pero libre de la polémica inmediata a que parece estar destinado y, en cambio, nitido y razonable, pues resulta que en Asunción no se acostumbra, no es bueno ni recomendable, comer mango, así que la carga de mangos se pudre delante de todos. Es cierto, aunque “raro”, que algún asunceno se coma un mango. Pero esta crónica trata lo raro de que no se los coman. Es cierto que en Areguá, a treinta kilómetros de Asunción y atiborrada de mangos, ya empezaron una revolución gastronómica y que esa revolución “está madurando”: en Pozo Colorado y Villa Hayes

ya quieren repetirla; pero en Asunción la tradición aun no enseña que el mango no es veneno.

El mango, que es inocente y muy convencido de sí, solo produce esa victoria sabrosa y amigable de la naturaleza. Todo el año trabaja en eso y la regala en diciembre. En Asunción, como en todo el país, destinan el primero de agosto para celebrar los yuyos: hierbas aromáticas y medicinales, que comúnmente llaman remedios. De lejos, los paraguayos merecen el primer premio como consumidores de estas plantitas. Paraguay todavía es lo que lo que vio Germán Arciniegas en 1948: “una gran nación campesina, agrícola”. Para verificarlo basta ver sus puestos en el tablero mundial del ramo: primer exportador mundial de azúcar orgánica, segundo exportador de mandioca (yuca) y stevia, tercer exportador de yerba mate, cuarto de soja, carbón vegetal y almidón de mandioca. En 2013 el mayor periódico de aquí, *ABC Color*, publicó: “Paraguay, el país peor alimentado de Suramérica”. En la Guerra Grande mitigaron el hambre comiendo naranjas agrias y es seguro que entonces gustaron del mango; y así, muchas son las razones y vecindades que los acercan al también llamado rey de las frutas; sin embargo, no acostumbra comerlo ni darle industria y por tanto, este verano toneladas de mangos amarillos, rosa, rojo succulento ruedan por las aceras hasta las alcantarillas, son aplastados por los carros, pateados por la gente, disparados como piedras. Montones de mangos al pie de los árboles, arrumados en bolsas al lado de un poste de alumbrado, debajo de una banca de plaza, perdidos sus beneficios y potencias tan inútil como inexplicablemente. Miles de mangos mezclados con la basura y convertidos en basura. “Hasta un 40 por ciento de lo recolectado como residuo domiciliario son mangos”, *Última Hora*, enero de 2008.

El desconocimiento de sus beneficios pasa de los abuelos a los padres a los hijos a los nietos hasta convertirse en miles y miles de hermosos y sabrosos mangos basura y más que eso, mangos problema. Ver eso alarmó mi curiosidad, me ocasionó un sentimiento que no sé nombrar, digamos un desnivel de mirada en el paisaje. En internet se encuentra que un paraguayo llamó “delito” a ese desperdicio de recursos y ante la calidad masiva del hecho, propuso “La Ley del Mango”. Impondría el consumo y el procesamiento de la fruta a los propietarios de cada árbol. Por suerte en Areguá

están mostrando métodos más convincentes y profundos que una ley.

En Colombia son muy pocos los que no han disfrutado un mango verde debidamente cortado y adobado con sal y a veces sofisticado con pimienta, limón y hasta con goticas de vinagre o aceite de oliva. Recuerdo al vendedor de mangos en las puertas de escuelas, colegios y universidades, en paraderos de autobuses, teatros, estadios, circos, iglesias. Lo recuerdo tanto como un asunceno puede recordar al yuyero. Y sucede que así como este hace su dinero vendiendo ramitas, el manguero hace el suyo y avanza a favor de sus responsabilidades y alguno lo hará a favor de sus sueños. En Medellín, todo el año, la venta de mangos es un importante factor de la economía informal y ya tiene su puesto en la historia económica de la ciudad. No es raro que de allí vinieran hasta Areguá, invitados por la municipalidad, unos “especialistas” paisas para que maduraran el sabor verde del mango ante la población. Lo hicieron y de paso les dejaron un tabú, pues cada tradición tiene derecho al suyo y en Areguá obran con la fe puesta en que están sembrando una: comer mango. El tabú: el poder afrodisiaco del mango verde, nadie sabe si arraigará el truco de tan gastado que está.

En muchas partes con la palabra mango se puede decir dinero. No es posible explicar tan mala relación con la excelsa fruta que prefirió Buda y que tanto se aprecia en el resto del mundo. ¿Será por tanta naranja que hay aquí? Un asunceno que lee periódicos recuerda al menos dos intentos de industrializarlo, siempre con destino a la exportación, han fracasado.

En Areguá saben que hacer comer mango a los paraguayos es un cara a cara con la tradición. Nombran al menos tres viejos impedimentos: produce diarrea, vómitos, hinchazón. Además, no se puede comer verde porque raja o quema la lengua. Si está maduro no puede mezclarse con agua, leche o sal y ni siquiera se concibe arrimarlos a las comidas de mesa. En tales condiciones el conocimiento del mango se ha limitado a negarlo, que es igual a negárselo. Pero hace dos años decidieron aquilatar esa basura de cada verano y así surgió, tan cerca de Asunción, el Festival del Mango que tiene por empeño industrializarlo, vale decir, volverlo *mangos* y de paso ampliar el horizonte gastronómico de los paraguayos, tallar un rasgo en su cultura, remover un cuerpo extraño de sus costumbres y tradiciones, quitarle sentido al grafiti paeño. ☹

* Este sombrero, que hace cien años completa el atuendo de una cholita, es resultado de un accidente comercial. Para desembarazarse de un lote de ellos, un comerciante los vendió a las cholitas con algún cuento de calle. Ellas lo hicieron un rasgo y un orgullo de su cultura.

Esperando, un poco aburridos junto con los perros a la salida de la carnicería. Ellos, velando el guargüero, los huesos que aún quedan manchados de sangre; Pablo y yo, atentos a que don Miguel salga para el otro negocio que tiene más arriba.

Este señor tiene la carnicería más conocida de la zona y su fama llega a muchos lugares, aunque no sé si de un carnicero se puede decir que es famoso, así como los políticos platudos que uno ve en la tele. En todo caso las señoras de por mi casa dicen que al lugar llega gente de Aranjuez, del Centro y de Campo Valdés para surtir sus negocios, hasta de San Javier, me dijo alguna vez la abuela.

A los perros les falta poco. La ansiedad que nos acompaña desde las siete de la mañana se nos siente más a nosotros. Yo los veo ahí, con su mirada de perros, aplastados en el piso, viendo, quizá en blanco y negro, el piso húmedo y los pies de la gente metidos en chanclas y zapatos rotos. Hoy martes no hay mucha gente, pero los domingos a esta hora ya hay una fila que llega hasta la cafetería donde Pablo y yo estamos sentados y siempre está retirada.

Yo no sé este lugar quién lo hizo. Es como una calle muy amplia del tamaño de una cancha de microfútbol, pegadita de la avenida principal, que conecta a Santa Cruz con el Popular Uno en sus partes altas. En el extremo contrario hay dos callecitas pequeñas a cada lado, por donde uno va a dar a Villa del Socorro, y van a los lados porque a todo el frente hay dos graneros que atienden unos manes con cara de marranos, y enseguida, la carnicería. O sea que esto no es cuadrado como una cancha sino que es como una mujer estrechita en la cintura y nalgona de ahí pa abajo.

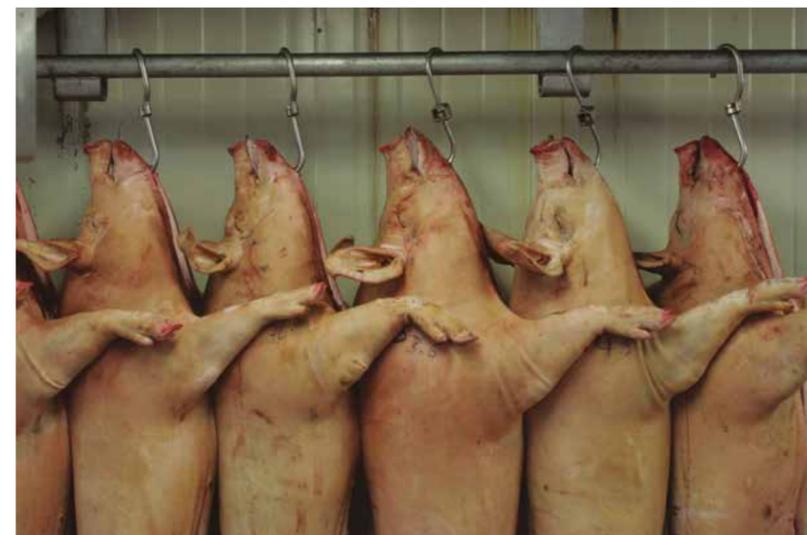
Voy pensando en todo esto mientras le hago un nuevo mapa a Pablo para que me entienda como es que debemos salir. Él lo mira intrigado, jugando al experto.

—Por detrás es más fácil que nos cojan güevón, y a la hora que queremos hacer la vuelta hay mucha gente mercando —me dice, señalando el cuerpo de la mujer que dibujé; yo le hago un corazoncito por donde va la chimba y este man se emputa.

—¡Dejá de güevoniar marica! ¿Qué hora es ya?

La carnicería cierra temprano. A las diez de la mañana ya no hay nada de solomo, lo único que queda colgado de los ganchos es el tocino más grasoso y menos carnudo, patas secas, mosquitos, y un toque de mañana que parece que fuera la tarde, como esa hora en la que el reloj no se mueve. Adentro eso parece una tumba de indios de las que muestran en la parabólica, o un banco de ahorros volado por guerrilleros a punta de pipetas de gas de esos que salen en el noticiero. ¡Uy sí!, huele a muerto y todo. El piso es de cemento y las baldosas de las paredes y del mesón ya no son blancas sino amarillentas como si tuvieran hepatitis. Cuando no están las voces de las viejitas pidiendo rebaja, ni los gritos de las señoras porque un niño se está metiendo en la fila, solo se escucha ese refrigerador gigante que hay al fondo y eso le da como misterio a la vaina, hace frío y todo, aunque no se sienta el aire. Y don Miguel solito, porque ya Marcelo y Beatriz, los que camellan con él, se han ido. Ahí queda el man, afilando el cuchillo y preparan la carne vieja que mañana va a vender como fresca, apretándola, como a las nalgas de una puta, para que cuando las viejitas la vean en el gancho y le metan sus uñas largas y salga como un jugueto, ellas solo sonrían y le digan deme tres libras pero quítemele ese gordo tan feo.

¡Ah juemadre! Don Miguel ahí todo encarrutado y el Pablo que llega como cuando ha metido perico y se ha ido a montar cicla —o sea, como entre agitado y fresco... y gato— y le dice que le dé



Santa Cruz terminal

por LUCKAS PERRO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

dos y media de mondongo y dos de cerdo, y que rápido que es pal almuerzo, y entonces él se las da y el Pablo se va de espaldas hasta el marco de la puerta, y luego yo y le digo que si compró la libra de copete que le había dicho mi mamá y ¡tan! Nos devolvemos los dos a lo Padrino, boleando rápido y solememente bala. Y el carnicero ahí agachadito, escupiendo con sangre sus últimas palabras o sus últimos números —porque lo que tiene es plata— y me le monto por esa rejilla y los tubos de donde cuelga la sangre y cojo el hacha y los ganchos y...

—¡Ey ve!— me interrumpe el Pablo, dañándome la película que ya me estaba haciendo en la cabeza—. Les llegó la hora a esos chandosos.

Los perros lamen los pies de Marcelo, el empleado, que lleva en sus manos dos bolsas negras, dobles y grandes. Él es flaco pero con los músculos rayados y tal. Desde que salió a la puerta de la carnicería, sus ojos bajo la gorra, negra ya de tanta sangre, habían marcado a los perros, sabe que si empiezan a ladrar se van de pateada en la cara porque a don Miguel no le gustan los reueros que hacen los perros cuando se les dan esas bolsas. Don Miguel es bien con los pobres, los fines de semana la gente llega con doscientos, trescientos pesos y él les da buen “güeso” pal caldo, y hasta un toque de pezuña; pero con los perros ni culo, yo creo que prefiere mandar eso pa la comida de su casa que dejársela a estos animalitos.

Y así es, cuando me toque pegar-le ese pepazo en la cabeza y cuando lo vea chorreando sangre y moverse en el piso como un cerdo que se estrega la espalda en el chiquero, y así con ese bozo de morsa todo rojo y los labios morados y la piel del color del hueso picado en la piedra y la barriga como gelatina... Cuando todo eso pase, yo me veré como un perro ladrando con la lengua bien larga afuera, con una morisqueta como si fuera a vomitar pero, al contrario, con mucha hambre; un perro que justifica lo que hace porque para matar lo único que se necesitan son razones o estar empedado. A mí me gusta más la primera, yo no sé al Pablo. Yo busco razones en el perro porque es que a veces me da pesar de ese man el carnicero y me pongo todo rosa y veo a su hija como al mediodía, de uniforme, con esas chimitas de piernas, recién bañada esperando en el control el bus para ir a estudiar, y luego de negro, echándose en la cara su tristeza y de una, así seguido como en las telenovelas, ella, la flaca, yéndome a buscar a la morgue, todo gris, todo, como en una carnicería. ¡Uy no!

Pablo se ríe mientras se toma la segunda gaseosa. —¡Mirá ese perro marica! Está es que se lambe a ese man —me dice, como si estuviéramos en la casa viendo un partido de fútbol. —Sisas —le respondo yo pasito, pensando todavía en la flaca.

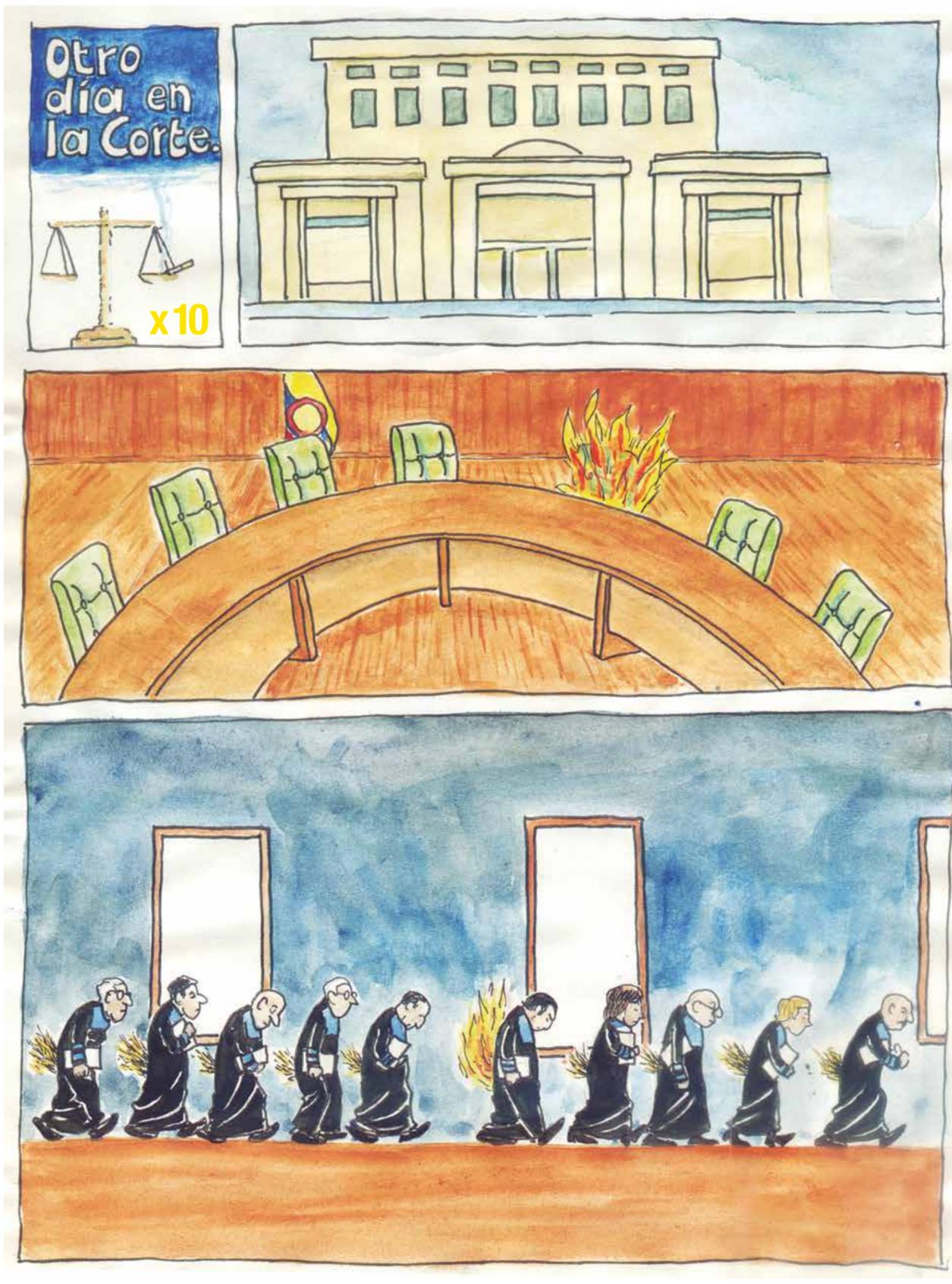
—Esos animales son inteligentes, ¿sí o qué? Ya saben que si ese man llega hasta la caneca... perdieron —sigue Pablo que parece que no solo me hablara a mí y agita el dedo índice contra su cuello. Yo por dentro solo hago fuerza, como en los últimos minutos de lo que ya dije que parecíamos viendo.

¡Gol hijueputa!, digo duro para adentro, aunque es como si Pablo me hubiera escuchado porque emocionado me da un golpe en la espalda.

Una de las bolsas se rompió y en el descuido uno de los perros se fue de dientes contra la otra. Esa bolsa al principio parecía como las operaciones que muestra esa gente en los buses pa pedir plata, pero luego ya todo era rojo y el Marcelo alzó las manos con putería. Y nosotros cagados de la risa sin disimular.

En los quince días que llevamos detrás de don Miguel yo no sé cómo hemos hecho para que la gente no se azare con tanto visaje. Pero miro para los lados y veo muchos manes parecidos a nosotros ahí sentados, con pura pinta de cargadores de papas.

¡Agh!, me cogió la pereza, ya estoy todo maltratado en esta silla plástica. Cuándo será que nos estamos lamiendo nuestras bolsas, y estamos caminando por esa cuadra pa abajo, todos desbaratados de la llenura, buscando perras... Me digo de nuevo para adentro, mirando mi cuerpo, sobándome los brazos para simular una cobija, bostezando, mostrándole los dientes al aire. ☹




III Muestra de video y experimental
 de Medellín, Colombia e Internacional

Organiza: **cinéfagos.net**
 Invitan: 

11 al 16 Conferencias - Laboratorios - Retrospectivas
 de Mayo Lugar: Centro Colombo Americano - MAMM




www.vartexmedellin.com

parque **explora**
 MEDELLÍN

PLANETARIO DE MEDELLÍN

**TODAS LAS ESTRELLAS
 TIENEN PLANETAS
 ¿HABRÁ VIDA?**

Ven al nuevo Planetario

Show Domo: Somos Aliens
 Funciones cada hora

Informes:
www.planetariomedellin.org






Un evento
Medellín
Lectura Viva

9^a FERIA POPULAR DIAS DEL LIBRO

Leer la
vida

Un encuentro para escuchar historias, asistir a conversaciones sobre el pensamiento del ser humano contemporáneo y detenernos en las apacibles montañas de libros donde habitan personajes entrañables y mundos fascinantes.

Te invitamos a escribir y a leer la vida.

24 y 25 de abril

Carlos E. Restrepo
12 m. - 10 p.m.

ENTRADA LIBRE

Programación completa en
www.fiestadellibroylacultura.com
@FiestaLibro #DiasLibro
Fiesta del Libro y la Cultura
Tel. 4448691



Medellín
todos por la vida

